
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Til Olea, Jónatan; Brucart, José Ma., dir. Las construcciones impersonales con se. : Desde Bello hasta la 'NGLE'. 2015. 38 pag. (808 Grau en Llengua i Literatura Espanyoles)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/142672>

under the terms of the  license

Las construcciones impersonales con se.

Desde Bello hasta la “NGLE”

1 de septiembre de 2015

Autor: Jónatan Til Olea

Tutor: José M^a Brucart Marracó

Estudios: Lengua y literatura españolas.

Curso: 2014-2015

ÍNDICE

0. INTRODUCCIÓN	3
1. LAS CONSTRUCCIONES CON SE	3
2. LA NOCIÓN DE IMPERSONALIDAD	6
2.1. Impersonales léxicas y oraciones de interpretación arbitraria	7
2.2. Oraciones impersonales de sujeto arbitrario: interpretación existencial e interpretación universal	8
2.2.1. <i>Factores que inducen a una interpretación existencial/universal de las construcciones con sujeto arbitrario</i>	9
2.2.2. <i>Cinque (1988): interpretación del sujeto arbitrario y teoría temática</i>	10
2.2.3. <i>De Miguel (1992): Sujetos arbitrarios y aspecto</i>	11
2.3. Procesos, estados y actividades: distintos grados de impersonalidad	12
3. ORACIONES IMPERSONALES CON SE	13
3.1. Consideraciones generales	13
3.1.1. <i>El sujeto de las oraciones impersonales con se</i>	14
3.1.2. <i>El objeto de las oraciones impersonales con se</i>	15
3.1.3. <i>Oraciones impersonales transitivas</i>	15
3.2. Oraciones impersonales con concordancia verbo-objeto	17
3.3. Oraciones impersonales y pronombres clíticos	18
3.3.1. <i>Planteamiento del problema y explicaciones diacrónicas</i>	18
3.3.2. <i>El paradigma actual</i>	20
3.3.2.1. <i>Pronombres clíticos y referencia de persona</i>	20
3.3.2.2. <i>Pronombres clíticos y referencia de cosa</i>	22
4. ORACIONES PASIVAS CON SE	22
4.1. El concepto de voz pasiva	22
4.2. Pasivas con se y pasivas perifrásticas	23
4.3. Oraciones pasivas con se	25
4.3.1. <i>El sujeto gramatical</i>	25
4.3.2. <i>El sujeto nocional, los complementos con «por»</i>	26
4.4. Oraciones anómalas: pasivas con se no concordadas	27
4.4.1. <i>Descripción del fenómeno</i>	28
4.4.2. <i>Primeras documentaciones</i>	28

4.4.3. <i>Norma y variación dialectal</i>	28
4.4.4. <i>Factores que inducen a la falta de concordancia y grados de aceptabilidad</i>	29
4.4.5. <i>Verbos modales y estructuras no concordadas</i>	30
5. MEDIAS-PASIVAS Y MEDIAS-IMPERSONALES: CARACTERÍSTICAS PROPIAS	31
5.1. Oraciones medias-pasivas, características generales	31
5.2. El valor modal de las construcciones medias-pasivas	31
5.3. El sujeto gramatical, oraciones medias-pasivas y oraciones pasivas	32
5.3.1. <i>Oraciones medias-impersonales</i>	33
5.4. El sujeto nocional	33
6. LA UNICIDAD DE LOS VALORES DE SE	34
6.1. Diacronía del <i>se</i>	34
6.2. Argumentos a favor de una lectura unitaria: Mendikoetxea (1999: § 26.1.3.2)	35
7. CONCLUSIONES	36

0. INTRODUCCIÓN

La variedad de estructuras en las que participa y la dificultad para asociarlo de manera inequívoca a una categoría gramatical concreta, entre otros factores, han convertido al *se* en uno de los asuntos más controvertidos de la historia gramatical en español. Ciertamente, casi se podría afirmar -de manera un tanto hiperbólica- que el único consenso que este pronombre¹ ha suscitado entre los gramáticos es su propia complejidad, destacada, por consiguiente, a la cabeza de muchos de los artículos monográficos y capítulos de gramáticas que lo han abordado con mayor o menor acierto o profundidad. Sin ir más lejos, la *Nueva Gramática de la lengua española* (NGLE, 2009: §41.10 a), en su epígrafe dedicado a la impersonalidad, habla del *se* como “una de las piezas más complejas de la sintaxis española”, mientras que Mendikoetxea (1999: §26.1.), en su capítulo integrado en la *Gramática descriptiva de la lengua española*, lo considera “uno de los temas más controvertidos de la gramática del español”. Antes, gramáticos como Cartagena (1972: 147) o Hernández Alonso (1966: 39) hablaron para referirse a esta materia de “terreno movedizo” o “problema arduo”, respectivamente.

El presente estudio, pues, pretende cumplir con un doble cometido. En primer lugar, dar cuenta de las cuestiones más polémicas en torno a las construcciones con *se* y sintetizar las consecuentes posturas al respecto y, segundo, proporcionar un estado de la cuestión que, en cualquier caso, se derivaría del objetivo anterior. Es decir, el principal propósito no es tanto ofrecer una descripción detallada de las propiedades de las estructuras aquí analizadas, sino, más bien, ahondar en las cuestiones que convierten al *se* en uno de los temas más controvertidos de la sintaxis del español, lo cual no sería posible, por otra parte, sin un mínimo de descripción.

1. LAS CONSTRUCCIONES CON SE.

Tal como hace notar Cristina Sánchez (2002:16), “a menudo el análisis de cuestiones gramaticales complejas no puede hacerse sin una clasificación previa que delimite los tipos de estructuras”. El análisis de las construcciones con *se*, en particular, es, ciertamente, “un caso típico en que partir de tal clasificación no sólo es usual sino también necesario”. Así pues, son varios los estudios que se han dedicado únicamente a la delimitación de las diversas estructuras en las que *se* toma parte, dando lugar, a un ingente número de obras en las que, como nota Sánchez (2002:14), las diferencias son, “en la mayoría de los casos, más terminológicas que conceptuales”².

¹ Se abordarán las diferentes posturas acerca de qué clase de palabra es *se* cuando corresponda, mientras tanto es posible que se aluda a éste como pronombre por una cuestión de síntesis.

² En efecto, un breve repaso de la bibliografía basta para comprobar las diferencias terminológicas que se han adoptado según cada enfoque para referirse a un único concepto. Así, por ejemplo, las que aquí se denominarán ‘pasivas con *se*’, se han considerado tradicionalmente ‘pasivas reflejas’, ‘pasivas pronominales’ o ‘pasivas impersonales’. Lo mismo ocurre con las ‘impersonales con *se*’, denominadas tradicionalmente ‘impersonales reflejas’, o con las ‘medias’, denominadas ‘incoativas’ en Mendikoetxea (1999), para distinguirlas conceptualmente de las ‘medias-pasivas’ y ‘medias-impersonales’, también conocidas como ‘medias de propiedad’. Con el fin de evitar confusiones que oscurezcan un asunto ya de por sí complejo, a partir de ahora, se utilizarán para referirse a todos estos conceptos los siguientes términos: pasiva con *se*, impersonal con *se*, medias-pasivas, medias-impersonales y medias.

Precisamente a esta tarea de clasificación y delimitación de los distintos *Valores de «se»* dedicó el funcionalista Emilio Alarcos Llorach (1968 [1984]: 213-222) unas pocas páginas de referencia obligada para quienes posteriormente han abordado el asunto, que vale la pena considerar en relación a los estudios actuales. Alarcos, en síntesis, distingue entre nueve tipos de *se*, ejemplificados en (1)³:

- (1)
- a. María se lava
 - b. María se lava las manos.
 - c. Los novios se besan.
 - d. Juan se arrepiente.
 - e. Mis padres se acordaron de felicitar me por mi cumpleaños.
 - f. Juan se comió una chuleta.
 - g. Juan se salió de la carretera.
 - h. Se reciben regalos.
 - i. Se recibe a los embajadores.

Una lectura atenta del estudio de Alarcos permite, sin embargo, simplificar en parte dicha clasificación y reducir la lista de usos y valores de *se* a cuatro, en consonancia con los estudios más recientes al respecto: reflexivos (1 a-c), medios (1d-e), aspectuales (1 f-g) e impersonales y pasivos (1h-i). Todas estas estructuras sintácticas, derivadas- como se analizará más adelante- de las construcciones reflexivas latinas, comparten, dada su evolución en común ciertas peculiaridades que sin embargo no obstan para establecer a partir de sus diferencias la clasificación anterior, esbozada a continuación.

En primer lugar, los ejemplos de (1 a-c), considerados tradicionalmente reflexivos y recíprocos⁴, porque “la tercera persona implementada coincide con el sujeto” (Alarcos, 1968 [1984]:214) -es decir, porque sujeto y complemento en tercera persona comparten el mismo referente- difieren del resto de casos en que el *se* puede alternar con otro tipo de clíticos no necesariamente reflexivos, dando lugar a oraciones como: *María la lava* o *María le lava las manos*. Al mismo tiempo, la distinción habitual entre oraciones como las de (1a) y (1b), es estrictamente funcional; si en el primer caso el pronombre reflexivo cumple una función de objeto directo, en el segundo se trata de un complemento indirecto,

³ Quedará fuera de toda consideración, tanto en este trabajo como en todos los anteriores consignados al *se* reflexivo, el *se* como mera variante del clítico dativo *le* cuando precede a otro pronombre (*se lo regalé*), producto, como apunta Sánchez (2002: 16) de un proceso de fonética sintáctica, que lleva a Otero (1972) a denominarlo ‘spurious *se*’, puesto que su evolución nada tiene que ver con la del pronombre reflexivo.

⁴ Cabe precisar, a este respecto, que, desde la perspectiva funcionalista adoptada por Alarcos (1968 [1984]:215), la distinción semántica entre oraciones reflexivas (1 a, b) y recíprocas (1 c) no tiene “sentido gramatical alguno”, puesto que el concepto de reciprocidad entre los referentes de un sujeto plural “es cuestión de pura sustancia que no se refleja en la forma del contenido”. Aunque, en el mismo sentido, el propio Alarcos precisa que en casos de ambigüedad “la reciprocidad puede tener un valor lingüístico” como por ejemplo en la oración “*los novios se enfadaron*”, que admite dos interpretaciones “*los novios se enfadaron con el camarero*” frente a “*los novios se enfadaron entre sí*”, que en realidad se corresponden respectivamente a una oración media, la primera, y otra recíproca.

como demuestran los clíticos acusativos y dativos, de los ejemplos no reflexivos a los que se acaba de aducir.

Por otro lado, las estructuras ejemplificadas en (1d-g) que han recibido una atención mucho más desigual por parte de la tradición gramatical, se caracterizan, frente a las construcciones reflexivas y recíprocas, como indica acertadamente Emilio Alarcos (1968 [1984]: 216), por el hecho de no poder alternar con otros pronombres de signo no reflexivo. De modo que, frente a oraciones como *María nos lava*, o *María los lava*, en que la reflexividad, como apunta Sánchez (2002: 15), es únicamente “una posibilidad más frente a la no reflexividad”, son completamente agramaticales **Juan nos arrepiente*, **Mis padres nos acordaron de felicitar me por mi cumpleaños*, **Juan nos comió una chuleta* o **Juan nos salió de la carretera*.

A su vez, las oraciones de (1 d-g) se caracterizan, frente a las de (1 h-i), por admitir flexión en primera y segunda persona. Y es que las estructuras como las de (1h-i), conocidas en la tradición gramatical como pasivas e impersonales reflejas, difieren del resto de las aquí presentadas, porque únicamente admiten la presencia del pronombre reflexivo en tercera persona del singular, es decir, sólo admiten el pronombre *se*, lo que ha llevado a algunos gramáticos como Otero (2002) a considerarlas ‘exclusivas de la no persona’. Ahora bien, no debe pasarse por alto, tal como hace notar Sánchez (2002: 15), que todas estas construcciones comparten una cualidad que las opone a las reflexivas y recíprocas: “la obligatoria concordancia del clítico con el sujeto de la oración”, independientemente de si éste pueda, o no, presentar otra forma que no sea la de tercera persona.

En función de lo expuesto hasta el momento, pues, pueden distinguirse tres tipos de *se*: reflexivo y recíproco (1 a-c), paradigmático (1 d-g) y no paradigmático (1 h-i). Como ya se ha mencionado, los dos últimos grupos de oraciones se oponen al primero por la obligatoria concordancia de persona y número entre el pronombre reflexivo y el sujeto gramatical. Por otra parte, las oraciones impersonales y pasivas reflejas se caracterizan porque su sujeto gramatical permanece inamovible en tercera persona del singular.

Esta primera clasificación de las construcciones con *se* esconde, sin embargo, una oposición que para Alarcos (1968 [1984]: 218) no pasa desapercibida. Y es que el *se* en las construcciones de (1 f-g) “no condiciona en nada la estructura del predicado”, es decir, no modifica la estructura argumental del verbo, como sucede de manera inequívoca en las construcciones reflexivas y recíprocas -en las que agente y paciente son un mismo referente-, en las pasivas reflejas -en las que el objeto nocional funciona como sujeto gramatical- o en las impersonales reflejas -en las que se ha considerado que el *se* impide la presencia del sujeto nocional-. Lo mismo ocurre, por otra parte, en el caso de los verbos con alternancia pronominal como *acordar(se)*, puesto que la presencia del *se* convierte al verbo originalmente transitivo en intransitivo, en palabras de Alarcos (1968 [1984]: 217), “el uso reflexivo impide la presencia de implemento y exige un suplemento”, introducido por una preposición como demuestra el par de ejemplos en (2):

- (2) a. Mis padres acordaron felicitar me por mi cumpleaños.
- b. Mis padres *se* acordaron *de* felicitar me por mi cumpleaños.

Así pues, pese a que algunas gramáticas del español, como la Alcina-Blecua (1975: §7.5.2), han considerado este tipo de *se* entre las oraciones de sentido medio, parece más apropiado analizarlas, a tenor de las diferencias formales que separan a unas y a otras, en un apartado independiente, tal como propone Sánchez (2002), dividiendo las construcciones de (1 d-g) en medias (1 d-e) y aspectuales⁵ (1 f-g).

Dentro de las oraciones medias, por otra parte, hay que incluir dos construcciones en las que Emilio Alarcos (1968 [1984]: 218) no se detiene, tal vez por incurrir en diferencias semánticas alejadas de los presupuestos funcionalistas, pero que sin embargo no han pasado desapercibidas para otros gramáticos, como Bello (1847: §759-760), primero, y Alcina (1975: §7.5.2.) o Sánchez (2002), más adelante. Se trata de las construcciones con verbos de alternancia causativa y de reacción emocional, ejemplificadas en las oraciones de (3)⁶:

- (3) a. *Las olas azotadas por el viento se embravecieron*
 b. *Se acobardaron a vista del peligro.*

Este tipo de verbos se caracterizan por permitir una doble estructura, de modo que, frente a los ejemplos anteriores, cuya arquitectura es paralela a la de los verbos inacusativos, son posibles igualmente oraciones transitivas sin el pronombre reflexivo, como las que propone el mismo Bello (1847: 759-760), que desde un punto de vista semántico se caracterizan por tener un argumento externo que denote ‘causa’ (“causa real”, intuye acertadamente el venezolano) y un argumento interno ora ‘paciente’, ora ‘experimentante’: *El viento embraveció las olas, el peligro los acobarda.*

En suma, pues, partiendo de la clasificación de Alarcos (1968 [1984]: 218) se han distinguido cuatro tipos de estructuras con *se*: recíprocas, medias, pasivas e impersonales y aspectuales⁷. Las dos primeras clases, por lo general, han sido estudiadas aparte en los estudios gramaticales, por lo que no se les dedicará un apartado descriptivo, que requeriría de un espacio del que aquí no se dispone. Lo cual no impide, por otro lado, que se aluda a las construcciones reflexivas y medias desde una perspectiva histórica, puesto que es precisamente a partir de este uso del que surgen las demás. Sí recibirán atención particular, en cambio, las tres construcciones restantes, distinguiendo en cada caso los diversos subtipos que subyacen a cada uso. En el último epígrafe del presente trabajo, finalmente, se abordará la cuestión de la unidad o divergencia de los distintos tipos de *se*, intentando mostrar los argumentos que algunos autores han aducido a favor o en contra de cualquiera de las dos hipótesis.

2. LA NOCIÓN DE IMPERSONALIDAD

⁵ Las oraciones con *se* aspectual han recibido en muchos casos una interpretación de interés del sujeto en la acción del verbo, por lo que se han denominado ‘dativos de interés’. Este es el caso de Andrés Bello (1847: §758), que describe de una manera muy particular la presencia del clítico en estas construcciones.

⁶ Ambos ejemplos son extraídos de la *Gramática de la lengua castellana* de Andrés Bello (1847: 759-760).

⁷ Se alude a pasivas e impersonales con *se* de manera conjunta por una cuestión de síntesis. Esta clasificación no pretende obviar las diferencias formales que separan a unas ni a otras que, por otra parte, no deben hacer olvidar las diferencias semánticas que plantean un análisis unitario.

Desde un punto de vista estrictamente formal, las oraciones con *se* ejemplificadas en 1 (i) se caracterizan por la imposibilidad “de ningún sujeto explícito, y de ahí, el término de impersonales que se asigna a estas construcciones”, explica Alarcos (1994: §272). Sin embargo, dicha caracterización es ciertamente ambigua en la medida en que no da cuenta de la impersonalidad semántica de la oración, compartida, además con oraciones como las de (1 h) o (3 a, b) que parecen igualmente impersonales, pese a tener un sujeto gramatical, puesto que en todas ellas el argumento externo ha sido suprimido o desplazado a una posición de adjunto.

Un análisis con cierta perspectiva de los distintos estudios dedicados a las impersonales con *se* basta para comprobar la atención desigual que ha recibido la noción de impersonalidad a lo largo de la historia de la gramática. Y es que, como indica Mendikoetxea (1999: §26.1.2), las gramáticas más próximas a la tradición apenas han ahondado de manera sistemática en el asunto, limitándose a señalar de forma intuitiva la ausencia del sujeto nocional en oraciones como las de (1h-i). Por el contrario, los estudios más recientes, generalmente bajo los presupuestos de la gramática generativa, han profundizado en la cuestión hasta descubrirla como una de las más complejas, al distinguir entre distintos tipos de sujetos indeterminados e intentar ofrecer una sistematización que dé cuenta de ambas interpretaciones.

2.1. Impersonales léxicas y oraciones de interpretación arbitraria.

Bajo el término impersonal se han incluido tradicionalmente oraciones de índole muy diversa, de modo que conviene en primer lugar delimitar qué estructuras pueden considerarse impersonales y cuáles no. En síntesis, la *NGLE* (2009: §41.5b) distingue entre cuatro tipos de oraciones:

1. VERBO SIN SUJETO ARGUMENTAL: *Llueve a cántaros.*
2. VERBO CON SUJETO TÁCITO ARGUMENTAL DE INTERPRETACIÓN INESPECÍFICA: *Dicen que va a mejorar la economía.*
3. VERBO CON SUJETO TÁCITO ARGUMENTAL REPRESENTADO POR EL PRONOMBRE SE: *Se duerme bien en esta cama.*
4. VERBO CON SUJETO TÁCITO ARGUMENTAL DE INTERPRETACIÓN ESPECÍFICA: *Perdieron el partido.*

Tal como advierte la Real Academia (2009: §41.5b), el término impersonal abarcaría las oraciones de (1-3) y excluiría, sin duda, las oraciones de (4), en que los rasgos de flexión del verbo permiten identificar deíctica o anafóricamente al referente que ejerce de sujeto. Esta clasificación de las oraciones impersonales, por otro lado, es exactamente la misma que un siglo y medio antes ya hizo Andrés Bello (1847: §772-795) para distinguir entre lo que él denomina oraciones *regulares* y *anómalas*.

Así pues, sobre las oraciones de (1), entre las que se incluyen todos los verbos que denotan fenómenos atmosféricos: “*amanecer, anochecer, llover, lloviznar, nevar, granizar, tronar* y otros”, Bello (1847: §773) hace notar “que en su significado natural no llevan ordinariamente sujeto”, es decir, que su estructura argumental no admite un sujeto nocional. Sin embargo, cree que más que impersonales deberían considerarse

unipersonales, “porque parecen referirse siempre a una tercera persona del singular, bien que indeterminada”. Parece, pues, que Bello en realidad propone la existencia de un sujeto gramatical en tercera persona para este tipo de oraciones, siendo consciente, sin embargo, de que dicho sujeto no sería argumental, como sucede en las lenguas como el francés o el inglés que no admiten sujetos nulos y requieren de pronombres expletivos⁸. Dentro de este grupo de oraciones, por otra parte, tanto la Real Academia como Bello, destacan las oraciones del tipo *Hay animales de maravillosos instintos*, que en palabras de éste indican “indirectamente la existencia”.

Igualmente interesantes y valiosas son las interpretaciones de Bello (1847: §786) a las oraciones impersonales de (2), en las que sí hay un sujeto gramatical pero su interpretación es no referencial. A este respecto, apunta:

No vaya a creerse que se subentiende en ellas un sujeto plural como *algunos*, porque se hace uso de estas construcciones aun cuando manifiestamente es uno el agente: así, *cantan en la casa de la vecina* es una expresión muy castellana, aunque se percibe que es una sola persona la que canta.

Y añade el siguiente ejemplo, extraído de una de las fábulas de Samaniego, en que el sujeto nocional es singular pese a la flexión en tercera persona del plural:

¡Qué me matan! ¡Favor! Así clamaba

Una liebre infeliz que se miraba

En las garras de una águila sangrienta.

Por último, Bello (1847) alude a las oraciones impersonales con *se*, que se analizarán con más detenimiento en los apartados siguientes, por lo que no corresponde dar cuenta de su explicación por el momento. Sí interesaba, en cambio, ahondar más en la noción de impersonalidad y distinguir, como Bello, entre predicados impersonales que no admiten sujeto nocional en su estructura argumental y oraciones de interpretación no referencial o arbitraria del sujeto. Dentro de este segundo grupo, además, habría que incluir las oraciones de segunda persona del singular con referente no específico, estudiadas por Hernanz (1990), como *Si duermes poco, envejeces prematuramente* -a las que curiosamente no alude la NGLE (2009)- y, por supuesto, las oraciones pasivas e impersonales con *se*.⁹

2.2. Oraciones impersonales de sujeto arbitrario: interpretación existencial e interpretación universal.

⁸ La NGLE (2009: §41.5i) explica que, pese a que hay quien considera, como Bello, que hay un sujeto gramatical indeterminado en tercera persona con el que el verbo concuerda, actualmente hay quien piensa, como Elena de Miguel (1992: 160), que la tercera persona “es la opción menos marcada para la expresión de la persona” y, por tanto, no habría de suponerse un sujeto gramatical alguno.

⁹ Explica Eugenia Casielles (1996: 359) que el concepto de sujeto arbitrario “se introdujo en un principio para referirse al sujeto nulo de las cláusulas de infinitivo (PRO) que no está controlado por el sintagma nominal (SN)” como en *No es fácil PRO_{arb} tocar el violín*, opuesta a *Pedro_i quiere PRO_i tocar el violín* porque en esta última el SN sujeto de la oración principal controla la posición de argumento externo del infinitivo. Más tarde, fue Suñer (1983) quien propuso que “el sujeto nulo de un verbo flexionado en una lengua pro-drop como el español puede ser también arbitrario” (Casielles, 1996: 360) en construcciones de tercera persona del plural e impersonales y pasivas con *se*.

Tal como se ha mencionado en epígrafes anteriores, los estudios gramaticales más recientes -generalmente bajo presupuestos generativistas- han profundizado en el análisis de las construcciones impersonales con sujeto arbitrario hasta distinguir dos interpretaciones semánticas posibles, comúnmente aceptadas: una existencial o indefinida, parafraseable como ‘alguien’ o ‘cierta gente’, y otra universal o genérica, equivalente a ‘todo el mundo’. Esta distinción, propuesta por primera vez por Schroten (1972)¹⁰, afectaría igualmente a oraciones de “plural arbitrario” (en términos de Jaeggli, 1986) como a oraciones con *se*, mientras que las oraciones de “singular arbitrario” (Hernanz, 1990), por su parte, únicamente admitirían la primera de ambas interpretaciones:

- (4)¹¹
- a. Aquí dejan la puerta de la casa abierta.
 - a’ Han dejado la puerta abierta.
 - b. Se trabaja más cuando el paro amenaza.
 - b’ Se trabajó mucho para levantar el país después de la guerra.
 - c. Si duermes poco, envejeces prematuramente.
 - c’ Durmió poco y envejeció prematuramente

Así pues, mientras que las oraciones universales de (4 a, b) tienen su correspondiente interpretación existencial en los ejemplos de (4, a’, b’), la oración de (4 c’) no puede entenderse sino de manera referencial, por lo que no se trataría de una verdadera oración de valor arbitrario. Sea como sea, más que entrar en las peculiaridades de cada una de estas construcciones, cosa que por una cuestión de espacio es del todo imposible, interesaba mostrar que todas ellas comparten una interpretación arbitraria del sujeto elidido. Esta interpretación, además, según las teorías más recientes, puede ser ora existencial, ora universal.

2.2.1. Factores que inducen a una interpretación existencial/universal de las construcciones con sujeto arbitrario.

Una vez fijadas las diferencias semánticas que separan las oraciones de (4 b) de las de (4 b’), la labor de los gramáticos que han abordado el asunto ha intentado dar cuenta de los factores que determinan una u otra interpretación. Así, a la luz de los ejemplos de (4), parece que el aspecto sintáctico, perfectivo o imperfectivo, resulta crucial a la hora de otorgar valor universal o existencial a las construcciones. Esta es la postura que se defiende en la *NGLE* (2009: §41.10n-ñ) que, sin embargo, no se detiene demasiado en esta cuestión:

Las primeras [impersonales genéricas], se construyen en presente, imperfecto y otros tiempos imperfectivos [...]. Suelen admitir expresiones adverbiales como *generalmente*, *habitualmente*, *por lo común* y otras similares, así como paráfrasis formadas con sujetos como *la gente*, *uno* y

¹⁰ No coinciden en este aspecto Elena de Miguel (1992) y Cristina Sánchez (2002), puesto que mientras que la primera de ambas autoras atribuye la distinción existencial-universal a Schroten (1972), la segunda alude con el mismo motivo a Napoli (1976).

¹¹ Ejemplos extraídos de Casielles (1996), Elena de Miguel (1992) y Hernanz (1990).

otras expresiones análogas. [...] Las impersonales existenciales o episódicas se diferencian de las genéricas en que admiten tiempos perfectivos, como en *No se volvió sobre el asunto*.

La relación entre aspecto y lectura arbitraria, sin embargo, fue detectada antes por otros lingüistas, en especial por Cinque (1988) en su estudio sobre el *si* italiano y De Miguel (1992), quien propone, a partir del análisis de las construcciones con *se*, la existencia de un sintagma ASpectual dentro del nudo FLEX. A continuación se esbozarán las ideas principales de ambas propuestas.

2.2.2. Cinque (1988): interpretación del sujeto arbitrario y teoría temática.

En síntesis, Cinque (1988)¹² detecta que la interpretación ‘quasi universal’ suele aparecer ligada a contextos temporales genéricos o imperfectivos, mientras que la ‘quasi existencial’ se limita a contextos específicos o perfectivos. Nota, sin embargo, que mientras los verbos transitivos e intransitivos admiten ambas posibilidades, los verbos inacusativos, únicamente posibilitan la lectura genérica, y rechazan sistemáticamente interpretaciones existenciales¹³. Este hecho le lleva a cuestionarse el estatuto argumental del *se* defendido hasta entonces por Belletti (1982) y detecta la siguiente asimetría: mientras que el *se* se comporta como un elemento argumental al no ser posible en estructuras de infinitivo controlado como las de (5), en la que la flexión no finita del verbo no puede asignarle caso¹⁴:

- (5) a. *Sarebbe meglio scopirsi il colpevole.
 (‘Sería mejor descubrirse el culpable.’)
 b. *Sarebbe meglio lavorarsi un po’ di più.
 (‘Sería mejor trabajarse un poco más’.)
 c. *Sarebbe meglio arrivarsi puntuali.
 “Sería mejor llegarse puntual”

Sólo son posibles estructuras de elevación con *se* en contextos transitivos o intransitivos, como se muestra en (6). El *se* de las oraciones inacusativas, por tanto, no sería argumental, dado que la estructura de elevación, si le permitiría recibir caso nominativo a través de la flexión del verbo auxiliar:

¹² “On *si* constructions and the theory of arb” en *Linguistic Inquiry*, 19, 4, pp. 521-581. Citado en Elena de Miguel (1992: 144-149)

¹³ Mendikoetxea (1999: §26.4.3.1.) nota que en español sí son posibles oraciones de interpretación existencial y contexto perfectivo, pero que entran en juego consideraciones semánticas en función de la clase de verbo inacusativo a la que pertenezca. Así, por ejemplo, si el verbo inacusativo pertenece a los verbos de movimiento, parece que sí son gramaticales oraciones con aspecto perfectivo siempre que estos verbos señalen el punto final del trayecto como en *Se llegó tarde al Bernabéu*. En este sentido, la misma autora alude también a verbos de emisiones involuntarias como *estornudar* o *toser* que admitirían un contexto tanto perfectivo como imperfectivo. Sin embargo, como me hace notar José María Brucart [comunicación personal] parece discutible la clasificación de este tipo de verbos dentro de los inacusativos, como demuestra el hecho de que no admitan estructuras absolutas como **Juan está estornudado/tosido* ni expresen un cambio en el argumento, por lo que, más bien habrían de considerarse entre los verbos inergativos.

¹⁴ Ejemplos (2 a-c) en Cinque (1988), traducción tomada de De Miguel (1992: 143).

- (6)¹⁵
- a. Sembra non essersi ancora scorpeto _{v. trans.} il vero colpevole.
(‘Parece no haberse descubierto todavía al verdadero culpable.’)
 - b. Sembra non essersi lavorato _{v. intr.} a sufficienza.
(‘Parece no haberse trabajado lo suficiente.’)
 - c. *Sembra essersi arrivati _{v. inacc.} troppo tardi.
(‘Parece haberse llegado demasiado tarde.’)

Para Cinque (1988), por tanto, la interpretación existencial del sujeto arbitrario se generaría únicamente en la estructura-P, de modo que los verbos que no prevén argumento externo en su estructura argumental –no sólo los inacusativos, también pasivos y copulativos– sólo admitirían una lectura universal, que se generaría en la posición de <ESP, FLEX> en la estructura-S, una vez que el argumento interno se ha desplazado a la posición de sujeto.¹⁶

2.2.3. De Miguel (1992): sujetos arbitrarios y aspecto.

Para Elena de Miguel (1992) la interpretación ora existencial ora universal de las oraciones con *se* de sujeto arbitrario está relacionada ineludiblemente con el aspecto sintáctico, como ya propuso Hernanz (1990)¹⁷ para las segundas personas del singular con referencia arbitraria. Así pues, en este tipo de oraciones la interpretación genérica viene dada por el aspecto no específico, mientras que un aspecto perfectivo o puntual obliga a una lectura referencial:

- (7)
- a. Si duermes poco, *envejeces* prematuramente.
 - b. Si duermes poco, *envejecerás* prematuramente.

De acuerdo con este análisis, la imposibilidad de oraciones impersonales con *se* de interpretación existencial con verbos inacusativos se debería al hecho de que éstos son procesos y por tanto denotan eventos “indefinido[s] en sí mismo[s]” (De Miguel, 1992: 155). Ahora bien, pese a que parece que existe una relación incuestionable entre aspecto e interpretación arbitraria, este análisis topa, como nota acertadamente Cristina Sánchez (2002: 29) con la gramaticalidad de oraciones con verbos inacusativos y tiempo específico como *ayer se llegó tarde a trabajar*.

2.2.4. Mendikoetxea (1999; 2002)

¹⁵ Ejemplos (5 a-c) en Cinque (1988), traducción tomada de De Miguel (1992: 143).

¹⁶ Como advierten Mendikoetxea (2002: 242) y Sánchez (2002:17), Jaegli (1986), en su estudio de las oraciones de plural arbitrario en español, da cuenta de la imposibilidad de lecturas arbitrarias con sujetos derivados, bien inacusativos, pasivos o copulativos, de modo que oraciones como *Fueron arrestados por la policía* o *Llegan cansados después del viaje*, únicamente admitirían una lectura referencial. Este hecho, pondría en duda la hipótesis de Mendikoetxea (2002) acerca de la imposibilidad de oraciones con *se* de interpretación existencial, en la medida que su análisis no se haría extensivo al resto de construcciones de lectura arbitraria.

¹⁷ “En torno a los sujetos arbitrarios: La 2ª persona del singular” en Demonte, V y B. Garza Cuarón (eds.), en *Estudios de lingüística de España y México*, México: UNAM, pp. 151-178. Citado en De Miguel (1992: 153).

Frente a las propuestas anteriores, Mendikoetxea (1999; 2002) considera que interpretación existencial y genérica se consiguen mediante dos procedimientos semánticos distintos.

En este caso, la lectura genérica de los verbos inacusativos se obtendría mediante un procedimiento de inclusión de predicados similar al observado por Hernanz (1994)¹⁸ para los infinitivos pseudo-ecuativos como *Escribir es llorar* o *Decir las verdades es perder las amistades*. Según Mendikoetxea (2002: 249), pues, oraciones como *#se entra* o *#se llega*, serían correctas desde una perspectiva estrictamente sintáctica pero anómalas semánticamente, puesto que “no afirman nada del mundo; es decir, no denotan proposiciones a las que se pueda asignar un valor de verdad”, de ahí la necesidad de otros predicados que doten a estas construcciones de una interpretación genérica, cercana al aforismo como en *se muere sin dignidad cuando se ha vivido sin amor*. En este sentido, el hecho de que estos predicados no suelen admitir aspectos perfectivos, como notan Cinque (1988) y De Miguel (1992) se debe precisamente al carácter atemporal de estas construcciones, paralelo al observado por Hernanz (1994) para los infinitivos pseudo-ecuativos.

Por otra parte, la lectura existencial, vedada para los verbos inacusativos, se obtendría cuando el argumento de la predicación es el argumento locativo o *davisoniano*, que funciona a modo de anclaje a la situación comunicativa. En este sentido, una oración como la de (8) admitiría dos interpretaciones:

(8) Ayer en la universidad se habló de política.

Así pues, la oración de (8) puede querer decir o bien que todo el mundo que ayer fue a la universidad habló de política o que hubo una persona o un grupo de personas que hablaron de política en la universidad, esta segunda lectura es la que tendría como predicado al argumento locativo o espacio-temporal. Para que pueda darse este argumento, sin embargo, es necesaria la presencia de un SN referencial que no tienen los verbos inacusativos, motivo por el que éstos no darían lugar a oraciones de interpretación existencial.

2.3. Procesos, estados y actividades: distintos grados de impersonalidad.

Sean cuales sean los motivos que favorezcan una lectura existencial o genérica del sujeto arbitrario, cabe insistir en que desde un punto de vista nocional tanto pasivas con *se* como impersonales con *se* son igualmente impersonales, como se explica acertadamente en la gramática de Alcina-Blecua (1975: §7.5.3), puesto que ambas estructuras tienen en común que “no eliminan el agente sino lo dejan indeterminado”. Estas analogías semánticas, nota Mendikoetxea (1999: §26.1.2.1), se deben al hecho de que ambas oraciones describen acción o actividad, lo que requiere “necesaria y obligatoriamente la intervención de un agente con intencionalidad”.

¹⁸ “Argumentos implícitos, operadores nulos e interpretación arbitraria el caso de los infinitivos pseudoecuativos” en Demonte, V. (ed), *Gramática del español*, Colegio de México, Publicaciones de la nueva Revista de Filología Hispánica, 6, pp. 315-362. Citado en Mendikoetxea (2002).

Menor grado de impersonalidad presentan las oraciones medias-pasivas que se estudiarán en §5, en la medida en que describen estados. Éstos, como apunta Mendikoetxea (1999: §26.1.2.1) requieren de la presencia de un agente o causa, sin embargo, apenas tienen relevancia, puesto que en este tipo de oraciones “lo que favorece el estado descrito es una propiedad inherente” del sujeto estructural, como en (9 a):

- (9) a. Estas camisas se lavan fácilmente.
 b. Se quemó el bosque.

En (9 b), por otra parte, se presenta una oración media con un verbo de alternancia causativa, como las de (3). En estos casos se suprime por completo la causa y se describe un proceso que “se percibe como algo desencadenado de forma espontánea”, tal como apunta Mendikoetxea (1999: §26.1.2.1).

En definitiva, las oraciones medias con verbos de alternancia causativa son las oraciones con mayor grado de impersonalidad al no requerir de la presencia de la causa o agente. Sí la requieren, en cambio, las oraciones medias-pasivas, pese a que lo que focalizan este tipo de construcciones es una propiedad inherente del objeto nocional. Finalmente, impersonales con *se* y pasivas con *se*, presentan el mismo grado de impersonalidad al describir ambas actividades que requieren de un sujeto. A esta gradación, se añadirá en §4.2. las construcciones de pasiva perifrástica, que como ya notó Fernández Ramírez (1951 [1986]), presentan un mayor grado de intencionalidad.

3. ORACIONES IMPERSONALES CON *SE*

3.1. Consideraciones generales.

3.1.1. El sujeto de las oraciones impersonales con se.

Como ya se ha mencionado en el epígrafe anterior, las oraciones impersonales con *se* se caracterizan tanto por la falta de un sujeto gramatical expreso en su estructura, como por la omisión del sujeto nocional del predicado. De modo que en una oración como la de (1 i) *Se recibe a los embajadores*, la impersonalidad es doble, y a la ausencia de un sujeto gramatical explícito debe sumarse la ausencia o indeterminación del sujeto nocional. En otras palabras, sólo con la información que proporciona la oración anterior no es posible saber quién o quiénes reciben a los embajadores, lo que ha llevado a considerar a las construcciones impersonales con *se*, así como a las pasivas equivalentes, entre las oraciones impersonales de interpretación arbitraria.

Dejando a un lado las cuestiones referentes a la indeterminación semántica del sujeto nocional, consideradas con cierta profundidad en el capítulo precedente, no siempre ha existido un acuerdo con respecto a qué elemento debería ser considerado sujeto gramatical de las oraciones impersonales con *se*. En síntesis, pueden diferenciarse tres posturas distintas.

En primer lugar, como advierte Cristina Sánchez (2002: 20) ha habido autores (Oca, 1914; Lozano, 1970; 1972 y Jordán, 1973) que han equiparado las oraciones impersonales con *se*, con las construcciones francesas y alemanas con *on* o *man*, equivalentes al *omme* del

español antiguo o al *uno* actual. Esta hipótesis, sin embargo, nunca ha obtenido demasiada aceptación, pues, si bien pudiera parecer apropiada desde un punto de vista semántico, en la medida de que da cuenta de la indeterminación del sujeto nocional, resulta del todo inapropiada desde una perspectiva morfo-fonológica, tal como destacan los estudios más recientes, como el de Cristina Sánchez (2002: 20) o la *NGLE* (2009: §41.10h). En síntesis, la incapacidad del *se* para funcionar como sujeto gramatical reside principalmente en su condición de pronombre átono, lo que no le permite aparecer de manera independiente al verbo (**se siempre llega tarde*), preceder a la negación (**se no puede dormir aquí*) o ser elidido sin que cambie por completo el significado de la oración.¹⁹

En segundo lugar, hay quien ha propuesto, como Fernández Ramírez (1987) que es la flexión verbal el elemento que funciona como sujeto gramatical, deviniendo, en palabras de Sánchez (2002: 21) en una “entidad semi-pronominal” que dotaría a la flexión de interpretación inespecífica.

Por último, dentro del modelo de Principios y Parámetros, bajo los presupuestos de la gramática generativa, se ha propuesto que el sujeto gramatical de las construcciones con *se* sea una categoría vacía a la que el clítico otorgaría una interpretación arbitraria o inespecífica, tal como ya se ha mencionado. En cualquier caso, pues, las diferencias entre estas dos últimas propuestas son fundamentalmente de tipo teórico, dado que ambas coinciden en atribuir al pronombre átono *se* la interpretación arbitraria del sujeto, sea éste la flexión verbal o bien una categoría vacía.

Mención aparte requiere la propuesta de Bello (1847: §787), quien considera que en realidad el sujeto de las oraciones impersonales con *se* es un objeto cognado que se correspondería con la acción misma del verbo como en *se ejecuta el dormir, el cantar, el bailar, el pelear, el escribir, el componer, el imitar*. Más adelante se observarán algunas consecuencias que se desprenden de manera directa de este análisis.

3.1.2. El objeto de las oraciones impersonales con *se*.

A diferencia de lo que ocurre con las oraciones pasivas con *se*, las oraciones impersonales con *se* pueden formarse a partir de todo tipo de verbos, tanto transitivos e intransitivos, como con verbos de sujetos derivados como los inacusativos, pasivos y copulativos²⁰. Así pues, cuando la construcción impersonal se forma con un verbo transitivo, el objeto nocional coincide con el objeto semántico, considerado generalmente paciente. Por el contrario, las construcciones pasivas con *se*, como las perifrásticas, se caracterizan por tener un sujeto derivado que en la construcción activa se corresponde con el objeto nocional del predicado. No cabe duda, pues, de que, desde un punto de vista formal, oraciones como (1 h-i), renumeradas aquí en (10 a-b) siguen esquemas distintos:

- (10) a. Se reciben regalos.

¹⁹ Ejemplos extraídos de Cristina Sánchez (2002: 20).

²⁰ Según la generalización de Burzio (1981, 1986), los sujetos de los verbos inacusativos, pasivos y copulativos son en realidad sujetos derivados, puesto que al no tener AE en su estructura argumental no legitiman caso acusativo sino nominativo.

- b. Se recibe a los embajadores.

Las diferencias formales entre los ejemplos anteriores atañen, pues, al concepto de diátesis, entendido tal como se define en la *NGLE* (2009: §41.1a), es decir, como “cada una de las estructuras gramaticales que permiten expresar los argumentos de un verbo y las relaciones que se establecen entre ellos”. Ahora bien, pese a que la mayoría de gramáticos coinciden al detectar las diferencias formales entre unas y otras construcciones, no existe el mismo acuerdo a la hora de determinar las diferencias significativas entre pasivas e impersonales con *se*. En síntesis, pueden distinguirse tres posturas a este respecto.

En primer lugar, hay quien ha postulado que las diferencias formales entre pasivas e impersonales con *se* conllevan ineludiblemente diferencias semánticas, de modo que mientras (10 a) podría parafrasearse como *Los regalos son recibidos*, (10 b) debe interpretarse como la correspondiente oración activa sin sujeto específico: *Alguien/la gente recibe a los embajadores*. Esta postura, que tradicionalmente ha gozado de una notable aceptación, es la defendida en el *Esbozo*. (RAE, 1973: §3.5.6c).

En segundo lugar, Bello (1847: §787), y, junto a él Cuervo (n.106), defiende que las oraciones *cuasi-reflejas irregulares*, aquí denominadas impersonales reflejas, son “reflejas en la forma, pasivas en su significado”. Como ya se ha mencionado, el gramático venezolano postula que, mientras las oraciones *cuasi-reflejas regulares*, o pasivas con *se*, convierten en sujeto paciente un objeto explícito, las primeras toman como sujeto gramatical un objeto cognado del verbo que en la construcción *cuasi-refleja* devendría el sujeto gramatical, de ahí el sentido pasivo.

Finalmente, hay una tercera opción que entiende que no hay diferencias semánticas entre ambas construcciones y que, por tanto, únicamente difieren en cuestiones de orden estrictamente formal; de cómo se relacionan los argumentos del predicado ente sí. Esta es la postura defendida, entre otros por Alarcos (1994: §271) y Alcina (1975: §7.5.3), quien considera acertadamente que “la terminología disocia tres estructuras [pasivas con *se* e impersonales intransitivas y transitivas] basadas en un mismo y común proceso de conversión”, consistente en dejar indeterminado el agente, “según la naturaleza y carácter de la oración de base, se produce cada uno de estos dos esquemas”. Este punto de vista es el mismo que han adoptado los lingüistas más recientes, como Sánchez (2002: 37) y, sobre todo, Mendikoetxea (1999: §26.4), quien considera que la distinción tradicional entre oraciones activas y pasivas “se basa únicamente en perífrasis”, lo que le lleva a afirmar que “distinguir entre oraciones pasivas con *se* e impersonales con *se* [...] no parece tener fundamento semántico”.

3.1.3. Oraciones impersonales transitivas.

Según lo expuesto en el epígrafe anterior, parece acertado pensar que oraciones impersonales con *se* y pasivas con *se* comparten una misma significación a la vez que difieren en la forma en la que sus argumentos se relacionan entre sí, es decir, en la diátesis. En este sentido, se ha citado a Juan Alcina (1975: §7.5.2.), que considera que ambas estructuras responden a un mismo proceso semántico pero difieren en cuanto a “la

naturaleza y el carácter de la oración base”. Así pues, una primera diferencia formal entre unas y otras oraciones es el tipo de predicado sobre el que se forman, quedando vedados los inergativos e inacusativos para las construcciones pasivas con *se*. Ahora bien, ambas construcciones pueden formarse a partir de verbos transitivos, por lo que conviene reparar en los factores que determinan una u otra estructura.

A este respecto, parece que son dos los factores, como indica Cristina Sánchez (2002: 36) que delimitan pasivas con *se* e impersonales con *se*. El primero tiene que ver con el tipo de predicado, de modo que, cuando éste en la correspondiente oración con sujeto explícito rige obligatoriamente un SN introducido por *a*, únicamente puede dar lugar a oraciones impersonales con *se*, en las que el objeto nocional se corresponde con el objeto gramatical. En cambio, siempre que la preposición no sea obligatoria la construcción impersonal podrá alternar con la pasiva, como se desprende de los ejemplos de Mendikoetxea (1999: §26.4.1.1.), copiados en (11) y (12):

- | | | |
|------|-----------------------------------|-------------------------------------|
| (11) | a. Se avisó a los bomberos. | a'. *Se avisaron los bomberos. |
| | b. Se avisó a bomberos y guardas. | b'. *Se avisaron bomberos y guardas |
| (12) | a. Se reclutó a los soldados. | a'. *Se reclutaron los soldados. |
| | b. Se reclutó (a) soldados. | b'. Se reclutaron soldados. |

Ciertamente, los verbos que, como *avisar*, requieren de manera necesaria la presencia de *a* únicamente permiten oraciones impersonales. Por otro lado, los verbos que, como *reclutar*, exigen sólo opcionalmente la preposición permiten ambas estructuras, como en el ejemplo de (12 b'). Ahora bien, siempre que aparezca la preposición, la construcción resultante será la impersonal, de modo que, como indica la NGLE (2009: §41.12.d), la agramaticalidad de estructuras como (11 a') y (12 a') es análoga a la de oraciones como **Juan avisó los bomberos* o **El comandante reclutó los soldados*.

Los ejemplos de (11) y (12) sirven, al mismo tiempo, para ilustrar el segundo factor que separa formalmente las impersonales con *se* de las equivalentes pasivas. Y es que mientras las primeras requieren un objeto nocional definido y humano, las segundas únicamente pueden aparecer en el caso contrario, es decir, bien con objetos humanos no definidos, como en el caso de (12 b'), bien con objetos no humanos, como en *Se fertilizan los campos*.²¹ Esta restricción relativa a las oraciones pasivas con *se* es lo que Cristina Sánchez (2002: 55) denomina *efecto de animicidad*.

Así pues, las restricciones que afectan a las diferencias entre oraciones impersonales con *se* y pasivas con *se*, son de índole meramente formal y hallan su correlato en las oraciones transitivas con sujeto explícito (NGLE, 2009: §34.8.i.):

La preposición *a* aparece de forma característica cuando el objeto directo nominal designa una o varias personas y es definido. Es, pues, necesaria en *He visto a tu hermano*, y se rechaza en *He visto tu paraguas*.

De acuerdo con todo lo anterior, lo esperable sería que ambas estructuras funcionasen en distribución complementaria, tal como se señala en la NGLE (2009: §41.12c), lo que

²¹ Ejemplo de Bello (1847: §792).

implicaría que en los contextos estructurales en los que fuera posible una impersonal con *se* no pudiera aparecer una pasiva con *se* y viceversa. Sin embargo, como se detallará a lo que resta de trabajo, no siempre será así y es habitual encontrar cruces entre ambas construcciones que han suscitado innumerables desacuerdos entre los gramáticos.

3.2. Oraciones impersonales con concordancia verbo-objeto.

A lo largo de los años, han sido muchos los gramáticos que han documentado la existencia de oraciones impersonales con *se* en las que el verbo concuerda, en contra de lo que cabría esperar, con el objeto gramatical²², como en los ejemplos de (13):²³

- (13) a. Y aunque Caamaño reconoce que en todos los tiempos y bajo todos los regímenes *se vieron a políticos sinvergüenzas*, estos... [Prensa, Perú]
- b. De tal modo que mientras *se veían a los cosechadores de Ceilán*, se escuchaban las voces de la Bolsa de Comercio... [Simón Fieldman, Argentina]
- c. En las tribunas *se veían a los caballeros* impecablemente vestidos de chaqué, pantalón a rayas, sorbete, guantes de color y polainas... [Daniel Leyva, México]

Desde una perspectiva estrictamente descriptiva, estas oraciones se caracterizan por formarse a partir de un verbo transitivo y un objeto gramatical definido y humano que exige, como se ha mencionado, en el régimen habitual del español la preposición *a* (nótese que en (13 b) el SN subrayado no es humano y se emplea consecuentemente una pasiva refleja del todo gramatical). Sin embargo, lo que define a estas construcciones es la concordancia en número y persona del objeto con el verbo, como si en realidad se tratara de un sujeto. Es por eso que a menudo se han considerados estas oraciones como una mezcla o cruce de ambas estructuras (*Diccionario panahispánico de dudas*, 2005: sv. *se* y *NGLE*, 2009: §41.12e).²⁴

Estas construcciones, según explica Martín Zorraquino (1979: 163), se documentan por primera vez en textos del siglo XV por Cuervo (n. 106) y llegan, como demuestran los ejemplos anteriores, hasta nuestros días, aunque parece que no con mucha frecuencia de uso, según observan Mendikoetxea (1999: §26.4.1.1.) y Sánchez (2002: 35), entre otros. Los datos de Zorraquino (1979: 207) apuntan también en esta dirección, pues sólo documenta dos ejemplos dentro del extenso corpus escrito que despoja en busca de nuevos datos sobre este tipo de desviaciones.

En cuanto a la distribución geográfica, se han asociado reiteradamente estos usos al español hablado en América. Sin ir más lejos, es el propio Bello (1847:§793**) quien

²²Entre otros, Zorraquino (1979:207), Mendikoetxea (1999: §26.4.1.1.), Sánchez (2002: 35)

²³ Todos los ejemplos aquí citados se han obtenido a través del *Corpus del español actual* (CREA) de la Real Academia Española de la Lengua.

²⁴ Hay quien ha creído, como Jan Schroten (citado en Martín Zorraquino, 1979:165), que en realidad la concordancia del verbo se produce con un sintagma nominal en función de objeto cognado, en lo que supondría una aproximación similar a la que propone en general Bello (1847) para las construcciones con *se*. De modo que *Se azotaron a los delincuentes* equivaldría a *Se azotaron + azote + varias veces + a los criminales*. Sin embargo, como nota Martín Zorraquino (1979:166), esta hipótesis no puede resultar válida si se tiene en cuenta que no se dan construcciones equivalentes con el objeto (directo o indirecto) en singular del tipo *se azotaron al delincuente* que se interpretaría, de ser válido el análisis, de manera semejante a *se azotaron varios azotes al delincuente*.

advierde que “en algunos países de América se adulteran estas construcciones [las *cuasi-reflejas*] del modo más absurdo, concertando el verbo con el término de su complemento: «Se azotaron a los delincuentes»”. Los ejemplos anteriores, procedentes de México, Argentina y Perú, por tanto, corroborarían las palabras de Bello, aunque no servirían para delimitar una zona concreta del continente americano. Tampoco explicarían, por otro lado, ejemplos como el siguiente, procedente del español de la Península:

- (14) En las primeras filas *se veían a Ana Belén y a Miguel Ríos* más toda la plana mayor de Farlabo. [Prensa, España]

Desde el punto de vista de la normativa, se ha insistido habitualmente en condenar el uso de estas expresiones, que, desde luego, son del todo agramaticales, porque, como indica Mendikoetxea (1999: §26.4.1.1.) “la presencia del sintagma preposicional en la construcción impersonal es incompatible con la concordancia” y exige, en cambio, un objeto gramatical. En consecuencia, la *NGLE* (2009: §41.12e) aconseja “evitar los cruces entre pasivas reflejas e impersonales que se producen en las oraciones construidas con complementos definidos de persona introducidos por la preposición *a*”. Al mismo tiempo, los resultados del estudio de Martín Zorraquino (1979: 207) -efectuado a partir de juicios de gramaticalidad- constatan que “el grado de aceptabilidad que los informantes asignan a este tipo de construcciones es muy bajo”.

Sea como sea, este tipo de oraciones ha recibido menor atención que otras construcciones que igualmente se prestan a variación, como las estructuras no concordadas o la alternancia entre los clíticos oblicuos de acusativo y dativo, que se analizarán más adelante. En este sentido, faltan estudios que ahonden, entre otras cuestiones, en los factores lingüísticos que favorecen estas construcciones o en su distribución geográfica. Otra posible línea de investigación sería poner en relación estas construcciones con otras igualmente impersonales en las que OD y V concuerdan, como *se abren domingos*, que, como indica Mendikoetxea (1999: nota 59), dan cuenta de la “muy acusada” tendencia del español a la concordancia.

3.3. Oraciones impersonales y pronombres clíticos.

3.3.1. Planteamiento del problema y explicaciones diacrónicas.

Como ya se ha mencionado, las oraciones impersonales con *se* pueden formarse a partir de cualquier tipo de predicado, sean de uno, dos o tres argumentos. En el caso de que se formen sobre verbos transitivos, lo esperable es que alternen en distribución complementaria con las construcciones pasivas, quedando vedadas a estas últimas los SSNN definidos e introducidos, en su uso transitivo, por la preposición *a*. Así pues, el ejemplo inicial de (1 i) *Se reciben a los embajadores* sólo puede interpretarse como una construcción impersonal en la que el argumento interno del verbo es a la vez el objeto gramatical, al contrario de los que sucedería en la correspondiente pasiva con *se*, en la que el sintagma nominal subrayado funciona como sujeto: *Se reciben regalos*.

A lo largo de la tradición gramatical, sin embargo, no ha habido tanto acuerdo con respecto a qué función cumple el argumento interno de oraciones impersonales transitivas como (1 i), dado que, si bien pudiera parecer un objeto directo, hay suficientes

argumentos a favor de que en realidad se trata de un objeto indirecto. Es por eso que Bello (1847: §791) se cuestiona:

Cuando decimos, «Se admira *a los grandes hombres*»; «Se colocó *a las damas* en un magnífico estrado», ¿debemos mirar estos complementos *a los grandes hombres*, *a las damas* como verdaderos acusativos? Yo me inclino a creer que no.

De entre todos los argumentos que esgrime a continuación a favor de considerar los complementos de las oraciones impersonales con *se* transitivas como objetos indirectos, tal vez el más convincente sea que lo habitual es la pronominalización del sintagma nominal mediante un clítico dativo, por lo que la opción etimológica sería: “«se les admira» (*a los grandes hombres*), no «*se los admira*»”. Lo cierto es que, como indican Sánchez (2002: 39) o Mendikoetxea (1999: §26.4.2.1.), la mayoría de autores coinciden en este aspecto con Bello. Sin embargo, no existe el mismo acuerdo a la hora de explicar esta alternancia entre las oraciones impersonales con *se* y las correspondientes oraciones transitivas, en las que dicho complemento es, como no puede ser de otra manera, complemento directo y pronominaliza a través de un clítico acusativo. En este sentido, Cristina Sánchez (2002: 40-41) distingue dos hipótesis opuestas, la de Cuervo (1874) y la del propio Bello (1847).

La hipótesis de Cuervo (1874) busca la explicación del clítico dativo en la evolución diacrónica de las construcciones con *se*. Así pues, según este autor, originalmente las pasivas con *se* sólo podían referir a objetos nocionales de cosa, puesto que, de no ser así, oraciones como *se creen los mágicos* resultarían ambiguas entre una interpretación impersonal y otra reflexiva o recíproca. Sin embargo, parece que entre los siglos XVI y XVII la construcción pasiva se extendió a los sujetos de persona dando lugar a la ambivalencia a la que acaba de aludirse. Según Cuervo, esta duplicidad de significados se suprimió cuando, primero, se antepuso la *a* para el paciente²⁵ y, segundo, cuando se eliminó la concordancia asemejando estas construcciones con objeto nocional de persona a otras semánticamente impersonales como *se dice*, *se manda*, *se hace agravio u ofensa*, que regían dativo.

La hipótesis de Bello (1847: §791), por otra lado, consiste en establecer un vínculo formal entre oraciones impersonales y oraciones pasivas. Por tanto, una oración impersonal como *se admira* significaría, en realidad, *se siente admiración*, con un objeto cognado que funcionaría como sujeto paciente de la construcción. Así pues, el SN en una oración como *se admira a los grandes hombres* es un dativo tanto en la forma, como en el significado, defiende el venezolano. Esta teoría ha sido revisada recientemente por Cristina Sánchez (2002:41), al notar que algunos lingüistas han buscado explicaciones semejantes a las de Bello para dar cuenta del hecho de que en rumano únicamente existan construcciones impersonales a partir de verbos intransitivos. Más concretamente,

²⁵ M^a Antonia Martín Zorraquino (1979:160-161) discrepa a este respecto, al considerar que “la construcción activo-impersonal (*se mataba a los cristianos*) no surgió para evitar la ambigüedad. Otras lenguas romances que cuentan con el giro pronominal para expresar la idea de un sujeto indeterminado o general mantienen en su sistema el mismo sintagma para expresar sentido reflexivo, recíproco e impersonal (cf., por ejemplo, el italiano).” Considera, por tanto, que “las oraciones activas impersonales con *se* guardan relación estrecha con la historia del uso de la preposición *a* como marcador del objeto de la frase en español”.

Dobrovie-Sorin (1998)²⁶ argumenta que las oraciones impersonales rumanas serían más bien ‘falsas’ impersonales, en las que se pasivizaría el propio verbo intransitivo, que tendría un lugar previsto en su estructura léxico-conceptual para un posible objeto. Según Bello (1847: §787), pues, *se duerme* equivaldría a *se ejecuta el dormir* o *se canta* significaría *se ejecuta el cantar*. Si esto fuera cierto, es posible, como nota Sánchez (2002:41), que la evolución de las construcciones impersonales en español fuese semejante, empezando por los verbos intransitivos y extendiéndose más tarde a otro tipo de verbos.²⁷

3.3.2. *El paradigma actual.*

Sea cual sea la explicación histórica más apropiada a la cuestión de los clíticos de tercera persona, lo cierto es que en la actualidad la mayor parte de los gramáticos consideran, como Alarcos (1994:§273), que “los usos actuales son poco estables”. Pues parece que, como apunta Mendikoetxea (1999: §26.4.2.), el paradigma de los pronombres clíticos de tercera persona en oraciones impersonales se va ajustando cada vez más al de las correspondientes oraciones transitivas. La variabilidad entre pronombres dativos y acusativos, por tanto, ya no sólo dependerá de la forma etimológica, sino que se verá sujeta a los fenómenos de variación geográfica ya existentes en las oraciones transitivas.

3.3.2.1. *Pronombres clíticos y referencia de persona.*

Tal como indica Mendikoetxea (1999: §26.4.2.1), cuando el referente es de persona, lo habitual es encontrar junto a la forma etimológica *se le(s)*, el clítico de acusativo femenino *se las* que, al parecer, se extendió a partir del siglo XVIII y, a día de hoy, se usa “muy frecuentemente”. En este sentido, el propio Bello (1847:§791) es consciente de que el uso del acusativo *se las* puede devenir un argumento contra su teoría y advierte: “pero esta razón no es decisiva, porque *la* y *las* son formas que se emplean frecuentemente como dativos”. No queda del todo claro, pues no ahonda más en la cuestión, a qué se refiere con esta afirmación, ¿es que acaso atribuye el uso de *se la(s)* por *se le(s)* al laísmo? Sea como sea, lo interesante es comprobar que, a la luz de las palabras de Bello, el clítico acusativo femenino hubo de estar plenamente asentado ya a mediados del siglo XIX hasta ser la forma preferible:

De manera que la regla es emplear en la construcción impersonal como dativo el que en la construcción regular es acusativo; pero con la especialidad de preferirse *la* y *las* a *le* y *les* en el género femenino.²⁸

Así pues, lo más común, a día de hoy, es emplear el pronombre acusativo para referentes de persona femenino²⁹. Esta opción, por otra parte, es también la mejor considerada por

²⁶ “Impersonal *se* construction in Romance and the passivization of unergatives”, *Linguistic Inquiry*, 29, 3, pp. 399-437. Citado en Cristina Sánchez (2002: 41)

²⁷ El mismo Bello (1847: §796-801) habla ya de verbos intransitivos con objetos cognados, que en ocasiones pueden hacerse expresos como en *vivir una vida miserable*, *morir la muerte de los justos*, *pelear un reñido combate*... Estas construcciones, nota (1847:§799), pueden dar lugar a estructuras cuasi-reflejas [o pasivas con *se*] cuando el acusativo cognado se hace expreso.

²⁸ Igualmente significativa es la nota a pie de página del mismo epígrafe (1847:§791**), en la que Bello documenta variabilidad en los escritos de un autor de finales del XVIII como Jovellanos. Bello atribuye la variabilidad a “yerros de imprenta”, pero, a la luz de los datos diacrónicos, tal vez pudiera atribuirse a que aún no se habría fijado el paradigma de manera definitiva.

²⁹ A partir de los textos del corpus CREA se ha realizado un recuento –más ilustrativo que exhaustivo– sobre las cien primeras entradas de *se le veía*. Pues bien, sólo en cinco ocasiones en las que el clítico tenía

la norma, tal como indica el *Diccionario panhispánico de dudas* (2005) que la considera la construcción “normal [...] aunque no faltan ejemplos de *le(s)*”.

Por otro lado, cuando el referente es masculino, como indica Mendikoetxea (1999: §26.4.2.1), es “menos frecuente” el uso de *lo(s)*, especialmente en singular, que “hasta muy recientemente ha estado excluido de la fórmula”. A este respecto, Bello (1847: §791*), en consecuencia con su distinción entre oraciones impersonales –que rigen dativo– y sus correspondientes transitivas –que rigen acusativo–, atribuye las formas impersonales con acusativo a la influencia del francés, donde el *on*, en *on les admire* funciona como sujeto indeterminado de la oración y, por tanto, ésta no deja de ser transitiva. Parece, sin embargo, que, pese a que acierta al distinguir ambos tipos de construcciones, los motivos por los que se dan oraciones como *se los admira* tienen más que ver con la extensión del paradigma transitivo al impersonal, apunta Mendikoetxea (1999: §26.4.2.1), puesto que el hablante interpreta indistintamente como OD tanto *Juan admira a los grandes hombres* como *se admira a los grandes hombres*.

En cuanto a la extensión geográfica de *se lo(s)* con referente de persona, se ha señalado habitualmente, como desde el *Diccionario panhispánico de dudas* (2005), hacia el continente americano, más concretamente a los países del Cono Sur. Un breve estudio de corpus, sin ánimo de ser exhaustivo, es suficiente para comprobar el “uso generalizado” del clítico de acusativo que apunta la Real Academia. Así, de los cuarenta resultados que se documentan en el CREA bajo la forma *se lo veía*, veintiocho ejemplos pertenecen a textos de Argentina (veintidós), Chile (cinco) y Uruguay (uno), un 70% del total de los resultados. Sin embargo, este uso no es exclusivo de Hispanoamérica, como demuestra el hecho de que un 15% de los resultados provienen de documentos de autores españoles. Mención aparte merece el caso del novelista, a la vez que filólogo y académico, Javier Marías, “cuya prosa abunda en construcciones similares”, nota Mendikoetxea (1999: §26.4.2.1, nota 64), que apela además a uno de los seis ejemplos registrados en el corpus para el español, al que se añadirá aquí otro extraído de una de sus novelas más recientes en (15):

- (15) Acaso Ranz encarnaba ahora la pena y el miedo que volvían a estar allí... *Se lo veía cómodo allí sentado, como si fuera el dueño del Casino de Madrid mientras lo tenía alquilado, también se lo veía incómodo...* [Javier Marías, *Corazón tan blanco*. Pág.100]

Y sin embargo se le ofrece la oportunidad de callar, casi *se lo urge* a ello; en todo caso se le hace saber de ese derecho suyo que quizá ignoraba, y por tanto se le da a veces la idea: de no abrir la boca, de no negar siquiera lo que se le esté imputando... [Javier Marías, *Tu rostro mañana*, pág. 15]

No deja de ser significativo, a este respecto, que estos ejemplos provengan de un autor como Marías, cuyos conocimientos lingüísticos posiblemente le induzcan en estos casos a utilizar el clítico acusativo por ultracorrección.³⁰

referente de persona éste resultaba femenino. Por el contrario, en los noventa y cinco ejemplos restantes el referente era masculino. Se han excluido del recuento, por otra parte, todos los casos en que el clítico cumplía una función de dativo como en *no se le veía la cara* y así como todos aquellos en que el referente no era de persona.

³⁰ A menudo se le ha achacado al mismo Javier Marías una influencia en su sintaxis del inglés, que no tiene oraciones equivalentes a las pasivas e impersonales, es posible, por otra parte que ambos hechos estén relacionados aunque merecería un estudio aparte.

3.3.2.2. Pronombres clíticos y referencia de cosa.

Según lo expuesto a lo largo del trabajo, serían esperables construcciones impersonales con referente de cosa siempre que el verbo sobre el que se formen rijan objetos introducidos por *a*, que deviene la marca del objeto gramatical. De acuerdo con esta generalización, por tanto, el paradigma de pronombres clíticos con referentes de cosa no distará del observado para el de los referentes de persona, según nota Mendikoetxea (1999:§16.4.2.2.), de manera que la forma etimológica *se le(s)* poco a poco ha ido perdiendo presencia a favor de las formas de acusativo.

Ahora bien, la cuestión se torna mucho más compleja cuando se observa el uso del clítico de tercera persona, sea acusativo o dativo, en construcciones pasivas con *se*, como documenta Fernández Ramírez (1964)³¹, reproducidas en (16):

- (16) a. *El pescado se lo fríe mejor en freidores públicos.*
b. *Se lo usa sólo o en mezcla.*
c. *El güisqui se lo bebía lo mismo que agua (= se bebía).*

La particularidad de estas construcciones reside en que los SSNN subrayados no son objetos sino sujetos gramaticales y las construcciones en las que están incluidos oraciones pasivas con *se* y, por consiguiente, no sería esperable la pronominalización. Estos ejemplos, aunque poco frecuentes, han llevado a Mendikoetxea (1999:§16.4.2.2.) a considerar que “estamos asistiendo a un proceso de extensión de la construcción impersonal con pronombres clíticos, proceso que aparece de forma mucho más avanzado en otras lenguas románicas como el italiano”.

4. ORACIONES PASIVAS CON *SE*

4.1. El concepto de voz pasiva.

Se consideran oraciones pasivas todas aquellas en las que el objeto nocional funciona como sujeto gramatical, por lo que, consecuentemente, requieren predicados de dos argumentos. De acuerdo con esta primera definición, pues, son igualmente pasivas las oraciones de (17)³²:

- (17) a. *Aquel año fueron descubiertos importantes yacimientos arqueológicos.*
b. *Se descubrieron importantes yacimientos arqueológicos.*

Como nota Cristina Sánchez (2002: 50), en este tipo de oraciones el verbo transitivo se comporta, en virtud de la morfología pasiva (*ser* + participio, para (17 a) y *se* para (17 b))³³, de manera semejante a los verbos inacusativos (17 c), al no asignar papel temático al argumento externo ni caso al interno:

- (17) c. *Llegaron nuevos inquilinos a casa.*

³¹ Fernández Ramírez, S. (1964) “Un proceso lingüístico en marcha”, en *Presente y futuro de la lengua española*, Madrid, III, págs. 277-285. Citado en Mendikoetxea (1999: §26.4.2.2.)

³² Ejemplos de (38 a, b) de Sánchez (2002:50)

³³ No se ahondará en este capítulo en el concepto de morfología pasiva, que ha desatado numerosas discrepancias a lo largo de la tradición gramatical, especialmente entre Emilio Alarcos y Fernando Lázaro Carreter.

Desde una perspectiva diacrónica, por otro lado, conviene no perder de vista que, como se explica en la *NGLE* (41.1b), las construcciones de pasiva perifrástica (17 a) convivían en el latín con otras analíticas, formadas a partir de un morfema flexivo adherido al verbo, de modo que si *amo* pertenecía a la conjugación activa y asociaba sujeto y agente, *amor* pertenecía a la conjugación pasiva y relacionaba consecuentemente paciente y sujeto. Las formas analíticas, sin embargo, desaparecieron antes de llegar a las lenguas romances, justo en el momento en que la forma originariamente reflexiva dio lugar a construcciones con significación pasiva

Consecuentemente, en las lenguas vernáculas que otorgaron valor pasivo a las oraciones originalmente reflejas perviven las dos estructuras pasivas expuestas en (17 a-b). Sin embargo, parece equivocado considerar que ambas construcciones son redundantes, si se tiene en cuenta que el lenguaje tiende a prescindir de todo aquello que no es estrictamente necesario. En este sentido, los gramáticos han adoptado dos posturas opuestas. Por un lado, el *Esbozo* (1973: §3.5.3.) considera que las oraciones pasivas con *se* han suplantado a las construcciones pasivas perifrásticas. Otros, como Fernández Ramírez (1951 [1986]: §76-79) y De Miguel (1992: cap. IV), han observado, en cambio, que existen diferencias lingüísticas entre unas y otras. Por otro lado, Mendikoetxea (1999: 26.3.1.), considera que, si bien hay pruebas suficientes a favor de la especialización de cada una de estas estructuras, ésta “puede ser un paso previo a la desaparición”.

4.2. Pasivas con *se* y pasivas perifrásticas

Se ha notado reiteradamente en los estudios consignados a la pasividad el mayor uso de la pasiva con *se* frente al de la pasiva perifrástica lo que, como se ha mencionado, ha llevado a algunos autores a considerar que aquélla acabará por imponerse. De esta opinión parece ser César Hernández (1966: 51), al afirmar que:

La pasiva con el verbo *ser* es lenta, poco elegante, inexpresiva y monótona. Para sustituir esta incómoda voz se ha adoptado una pasiva pronominal con la forma refleja *se*, que en tales frases será un mero signo de pasividad.

Sin embargo, estudios como el de Fernández Ramírez (1951 [1986]:§77) evidencian que, más que una cuestión de estilo, como sugiere Hernández (1966), hay diferencias lingüísticas que separan los usos de unas y otras oraciones:

En líneas generales podemos afirmar lo siguiente, la acción iterativa o habitual, el enunciado de validez general, el objeto (sujeto pasivo) interno [...] son factores que determinan en la mayoría de los casos el uso de la pasiva refleja. En cambio la acción singular y el objeto (sujeto pasivo) externo determinan a su vez el empleo de la pasiva dinámica.

De acuerdo con esta cita, pues, son fundamentalmente dos los factores que separan ambos tipos de pasivas: por un lado, el aspecto y, por el otro, el tipo de verbo con el que se combinan, en función de si el objeto es interno o externo. Así pues, en lo referente al aspecto, parece claro que las construcciones perifrásticas son dinámicas o evolutivas y que, en consecuencia suelen ir acompañadas de tiempos verbales perfectivos. Por el contrario, las pasivas con *se*, tienden a expresar “enunciados de valor general” pero no muestran restricciones en cuanto al tipo de tiempo con el que se forman.

Otro de los factores a los que alude Fernández Ramírez (1951 [1986]: §77) para la delimitación de ambas estructuras es la cuestión de la “intencionalidad”, que, como nota Mendikoetxea (1999: §26.3.1.1.), tiene mucho que ver con las características aspectuales

de pasivas perifrásticas y pasivas con *se*. Así pues, parece que el carácter dinámico o evolutivo al que alude Fernández Ramírez conlleva necesariamente una mayor presencia de un agente concreto e intencionado –“operante en su intención”- en las construcciones perifrásticas que en las pronominales. Como demuestra el siguiente par de ejemplos extraídos de Mendikoetxea (1999: §26.3.1.1.):

- (18) a. En la reunión se solucionaron todos los problemas.
b. En la reunión fueron solucionados los problemas.

En efecto, parece acertado considerar que en (18 a) no hay alusión a ningún agente concreto, sino que, más bien, la solución de los problemas debe atribuirse al transcurso de la propia reunión y a la intervención de todos los asistentes a ella, incluso cabe la posibilidad de que, como nota Mendikoetxea (1999: §26.3.1.1.), la solución de los problemas no fuera buscada, sino que surgiera de manera espontánea. Por el contrario, en (18 b) sólo cabe interpretar que unos agentes concretos se han reunido para encontrar la solución a determinados problemas.

En cuanto al tipo de verbo con que se combinan ambas construcciones, Fernández Ramírez (1951[1986]: §77), primero, y, más adelante, Mendikoetxea (1999: §26.3.1.1.), notan ciertas restricciones que afectan en especial a la pasiva perifrástica, ilustradas en (19)³⁴:

- (19) a. {Se regalaron/ ??fueron regaladas} flores a las primeras actrices.
b. A menudo la vida {se vive/??es vivida} demasiado alegremente.
c. En Seúl {se corrieron/??fueron corridos} los 200 metros más rápidos de la historia.
d. A veces se dan buenos consejos/ ??Los buenos consejos son dados por los ancianos.
e. {Se dijo/ ??fue dicho} que habría huelga aquella tarde.

Según estos autores, pues, la pasiva perifrástica no sería del todo compatible con verbos ditransitivos (19 a), intransitivos con objetos cognados³⁵ (19 b), de movimiento con objetos locativos (19 c), livianos semánticamente (19 d) y verbos de lengua con complementos oracionales (19 e)³⁶, puesto que todos ellos requieren objetos internos a la acción verbal. Así pues, los objetos cognados de los verbos intransitivos, se caracterizan, como explica Mendikoetxea (1999:26.3.1.1), por no tener “un papel semántico independiente”, por repetir, en palabras de Bello (1847: §796), “el significado del verbo” como en *vivir la vida; llorar el llanto de..., cantar canciones*. Al mismo tiempo, se incluyen dentro de los verbos intransitivos con usos transitivos los de movimiento con objetos locativos, como *andar, correr, nadar, saltar...* ejemplificados en (19 c). Por otro

³⁴ Ejemplos (40 a-e) de Sánchez (2002:52).

³⁵ En la *NGLE* (2009: §41.3f.) se alude a esta misma restricción también a través del ejemplo del verbo *vivir*, y se hace notar que cuando el grupo nominal cognado es definido son posibles oraciones con pasiva perifrástica del tipo *Aquella experiencia fue vivida alegremente*. Sin embargo, parece que en realidad se trata de una acepción totalmente transitiva del verbo, que tiene un significado muy próximo a ‘experimentar’.

³⁶ Tal como señalan tanto la *NGLE* (2009: §41.11m) como en Mendikoetxea (1999: §26.3.2.3) este tipo de oraciones sólo pueden entenderse como pasivas y no como impersonales, como demuestra el hecho de que no puede pronominalizarse la subordinada mediante un clítico de acusativo. Por el contrario, sí parece haber concordancia si sustituimos la oración subordinada en singular por “estas cosas”, como en *se dijeron estas cosas*.

lado, los verbos como el de (19 d) se caracterizan precisamente por todo lo contrario, puesto que en ellos tiene más carga semántica el sintagma nominal objeto que el verbo, de ahí que se hayan denominado tradicionalmente *livianos*. Dentro de este grupo de verbos se incluyen *dar* {una patada/un consejo/los buenos días}, *tener* {hambre/celos/cuidado/ganas}, *hacer* {la maleta/preguntas/una visita}... (Mendikoetxea, 1999: §26.3.1.1.).

En suma, los datos ofrecidos por Fernández Ramírez (1951 [1986]: §76-79), ampliados más recientemente por Mendikoetxea (1999: §26.3.1.1.) parecen poner de manifiesto la mayor especialización de las oraciones pasivas perifrásticas frente a las pasivas con *se*, lo que explicaría, por otro lado, el mayor uso de éstas frente al uso no tan común de aquéllas. La especialización, en este sentido, poco o nada tiene que ver con cuestiones estilísticas como algunos autores han sugerido, sino que más bien afecta a dos factores lingüísticos concretos: el aspecto, relacionado a su vez, con la “intencionalidad” y el tipo de verbo sobre el que se forman, quedando vedados los verbos con objetos internos -como los de (19)- a las pasivas perifrásticas.

4.3. Oraciones pasivas con *se*.

4.3.1. *El sujeto gramatical.*

Tal como apunta Sánchez (2002: 53), son dos las restricciones que atañen al sujeto gramatical, objeto nocional, de las construcciones pasivas con *se*: la posición y la determinación del SN.

En lo referente a la posición del sujeto gramatical de las construcciones pasivas con *se*, son varios los estudios estadísticos y de corpus que corroboran que la posición no marcada de éste es la pospuesta³⁷, que a su vez deviene la única posible siempre que el SN vaya sin determinante. Este hecho ha motivado que algunos gramáticos las relacionen acertadamente con las construcciones inacusativas, en las que el sujeto puede aparecer sin determinante en posición pospuesta pero no en posición antepuesta. En efecto, ambas estructuras comparten esta propiedad por el hecho de que semánticamente se generan en la posición de argumento interno del predicado. Por el contrario, cuando el sujeto es determinado puede aparecer tanto delante como detrás del verbo dependiendo de la estructura informativa de la oración. Así, cuando éste aparece antepuesto puede interpretarse bien como información conocida o tema, bien como foco. De ir pospuesto, por el contrario, toda la oración se interpreta como información novedosa.

La segunda restricción que afecta a los sujetos gramaticales de las construcciones pasivas con *se* tiene que ver con lo que Sánchez (2002: 55) denomina *constricción o efecto de animacidad* y funciona de forma complementaria a como se ha expuesto en §3.1.1. Así pues, una oración pasiva con *se* no puede tener un sujeto gramatical humano y definido, quedando restringido ese uso a las oraciones impersonales con *se*. Como se ha venido explicando a lo largo de los epígrafes anteriores, tradicionalmente se ha atribuido esta restricción a la posible confusión con construcciones recíprocas en oraciones como *Los*

³⁷En este sentido, Sánchez (2002: nota 46) cita el estudio estadístico de Barrenechea y Manacorda de Rosetti (1977) que otorga un 100% de anteposición del sujeto en pasivas perifrásticas frente a un 74% de posposición para las pasivas con *se*. En la misma dirección apuntan los resultados sobre un corpus de textos de Fernández Ramírez (1951 [1986]: §76).

cocineros se necesitan con urgencia, sin embargo, la existencia en lenguas como el italiano de oraciones estructuralmente ambiguas ha llevado a muchos autores a plantearse que en realidad son otros los motivos que han impuesto esta restricción (cf. nota 24). Así, según lo expuesto en §3.1.1, Mendikoetxea (1999: §26.4.1.1.) establece a este respecto una relación formal entre las oraciones con *se* y las correspondientes oraciones activas, de modo que siempre que éstas exijan la presencia de la preposición, como sucede con los SSNN humanos y definidos, aquéllas serán impersonales y su objeto nocional será a la vez objeto gramatical.

Ahora bien, como nota Sánchez (2002: 57), cabe la posibilidad de encontrar sujetos gramaticales humanos y definidos con interpretación de tipo en oraciones contrastivas como las que siguen³⁸:

- (20) a. Los cocineros se necesitan con urgencia, pero las camareras no corren prisa.
b. Los actores se veían muy bien desde aquel palco, pero el decorado apenas se vislumbraba.

Que contrastan con la oración agramatical de (20 c), con sujeto igualmente humano y definido pero pospuesto:

- (20) c. *Se vieron los actores ensayando la obra.

Los datos de (20) demostrarían, según Sánchez (2002: 57), “que en la constricción de la animacidad opera una especie de jerarquización de los argumentos, de manera que resulta anómalo que un SN humano, definido, y además específico encarne un argumento que no es jerárquicamente el más prominente”; el argumento externo. Esta hipótesis daría cuenta, al mismo tiempo, del hecho de que esta restricción no afecte ni a impersonales con *se* ni a pasivas perifrásticas, puesto que en las primeras el sujeto inespecífico y humano ya ocupa la posición de argumento externo, mientras que en las segundas la posición no marcada del sujeto paciente es la preverbal, y discursivamente ejerce de tema o tópico. En síntesis, la propuesta de Sánchez defiende que (2002: 57) la agramaticalidad de oraciones pasivas con *se* con sujetos específicos y humanos no se debe tanto al régimen de los verbos transitivos, como cree Mendikoetxea (1999: §26.4.1.1), sino a las propias características de estos SSNN, cuya posición esperable sería siempre la más prominente, la de agente en las oraciones transitivas activas.

4.3.2. *El sujeto nocional, los complementos con «por».*

Como se ha explicado más arriba, las construcciones pasivas con *se* se caracterizan por callar el argumento externo y otorgar caso nominativo a su argumento interno. Ahora bien, según algunos gramáticos, existe la posibilidad de que, tal como sucede con las pasivas perifrásticas, pueda expresarse el sujeto nocional mediante un adjunto introducido por la preposición *por*. En este sentido, ha sido muy discutido entre los gramáticos el ejemplo propuesto por Gili Gaya (1943: 73) *Se firmó la paz por los embajadores*, hasta convertirse, según Sánchez (2002:59) en “una de las cuestiones más debatidas en la bibliografía acerca de las pasivas con *se*”. Frente a la postura defendida por Gili Gaya, otros gramáticos, como Jordán y Moliner³⁹, consideran agramaticales estas

³⁸ Ejemplos extraídos de Sánchez (2002:57).

³⁹ Jordán, P.G. (1973), “La forma ‘se’ como sujeto indefinido en español” en *Hispania*, 56, pp. 597-603. Moliner María (1967), *Diccionario del uso del español*. Madrid Gredos. Ambas referencias citadas en De Mello (1997:127)

construcciones, si bien ésta precisa que “se encuentra usada” y que “los gramáticos no ponen objeción a esta construcción”.

Los datos extraídos del corpus oral analizado por De Mello (1997) y los despojados de un corpus de textos por De Kock y Gómez Molina (1990)⁴⁰ demuestran que, pese a que pueden documentarse este tipo de sintagmas preposicionales, “no es de ninguna manera frecuente ni en la lengua hablada ni en la escrita”, según afirma el primero (1997: 130). Los mismos datos ilustran la tendencia a que siempre que aparezca el sintagma con *por* el referente sea plural (concretamente es así en el 84% de los casos). En este sentido, afirma De Mello (1997:128):

Esta pluralidad crea una impresión de generalidad y no-especificidad que acerca al agente a la noción de lo inanimado que es característica del empleo de *por* +sustantivo para expresar el medio por el cual se efectúa alguna acción.

Esta propuesta, se asemeja al punto de vista de Rodolfo Lenz (1935: §57)⁴¹ quien otorga una interpretación de instrumento o medio, y no de agente como en las pasivas perifrásticas, al sintagma preposicional con *por* en oraciones como *se vigilaba a los prisioneros por negros*, también con el SN en plural. Este tipo de oraciones, argumenta De Mello (1997:132), contrasta con las que tienen el SN en singular y por tanto refieren a un agente específico, como en *este cuadro se pintó por Goya*, mucho menos aceptable.⁴² Este hecho, explicaría, además la observación Mendikoetxea (1999:26.3.3) de que las oraciones pasivas con *se* no admiten el complemento con *por* siempre que sea fuente y destinatario y no experimentante o agente.

En definitiva, el hecho de que las pasivas con *se* difícilmente puedan hacer expreso el agente deviene un argumento más a favor de las semejanzas semánticas entre éstas y las impersonales con *se*, pues, como señala Sánchez (2002: 60-61), tanto unas como otras son oraciones eventivas e implican un argumento agente y experimentante de interpretación indefinida. De modo que en ninguna de las dos se puede hacer expreso el sujeto nocional.

4.4. Oraciones anómalas: pasivas con *se* no concordadas.

La alternancia en la concordancia entre el SN y el V en las construcciones con *se* (*se {vende/venden} pisos*, *se {necesita/necesitan camareros}*) ha sido uno de los aspectos que más discrepancias ha suscitado a lo largo de la tradición gramatical en español, tanto que Mendikoetxea (1999: 26.3.2.2.) no duda en calificarlo como “el más polémico”, dentro de un tema –el del *se* impersonal– ya de por sí escabroso. Pocos son, sin embargo, los gramáticos que se apartan de una perspectiva preceptista para abordar la cuestión en toda su complejidad, intentando adivinar los factores que favorecen la estructura no concordada y estipulando diversos grados de aceptabilidad dentro de la misma. En este sentido, resulta especialmente valioso el trabajo de María Antonia Martín Zorraquino

⁴⁰ “Las formas pronominales del verbo y la pasiva”, en De Kock (ed.) *Gramática española*, vol II, Salamanca. Citado en De Mello (1997)

⁴¹ *La oración y sus partes*, Madrid: Centro de estudios históricos. Citado en de Mello (1997).

⁴² Parece más aceptable, en cambio, la siguiente oración, extraída del corpus de casos de De Mello (1997): *Se les va a dar una charla por una persona especializada*. Una posible explicación a la aparente mayor aceptabilidad de esta oración es que, si bien el SN está en singular, el adjetivo que lo complementa le da una interpretación de tipo, por lo que no dejaría de interpretarse como un instrumento o medio y no como un verdadero agente.

(1979) cuya segunda parte está consignada en exclusiva a los giros considerados tradicionalmente anómalos o desviados, dentro de los cuales la construcción no concordada recibe una atención prominente.

4.4.1. Descripción del fenómeno.

Tal como se explica en la *NGLE* (2009: §41.12c), pasivas con *se* e impersonales con *se* deberían funcionar en distribución complementaria en los casos en que éstas se forman sobre verbos transitivos. En este sentido, sería esperable que siempre que el objeto nocional fuese no animado se empleara la construcción pasiva, y, al revés, según la construcción de animicidad, un objeto animado y definido únicamente puede dar pie a oraciones impersonales con *se*. Sin embargo, esta predicción no siempre se cumple, y se documentan desde antiguo oraciones en las que el objeto nocional de la oración pasiva no concuerda con el verbo y se comporta, en contra de lo que cabría esperar, más como un objeto gramatical que como un sujeto, tal como sucede en el paradigmático ejemplo de *se vende casas*.

4.4.2. Primeras documentaciones.

Los primeros ejemplos documentados en que el sintagma nominal de cosa no concuerda con el verbo datan de los siglos XVI y XVII y fueron rescatados por Kärde (1943)⁴³. Vale la pena transcribir algunos de estos textos porque de ellos se desprenderán algunos factores que después se han considerado determinantes para la falta de concordancia:

- (21) Y otro día siguiente, teniendo por desacato, como lo era, que estando él en aquella ciudad *se predicase* públicamente *las herejías y errores*, ... mandó pregonar...que so pena de la vida ninguno predicase en ninguna parte de la ciudad. (*Historia de Carlos V*, 537, 17).

Las comparaciones no es lo que pasa, más *sácase* de ellas *otras muchas cosas*. (*Las moradas*, 48, 7).

Pintase muy al natural *los fieros de Brumandilon* y la desaordenada avaricia de los alcahuetes. (*Lisandro y Roselia*, 55, 3)

No *se oía* en todo el lugar sino *ladridos de perros*. (*Don Quijote*, IV, 188.3)-

De los textos posteriores se documentan abundantes ejemplos, especialmente en autores del XIX como Unamuno, al que se le han solido atribuir estas construcciones anómalas por influencia del *on* francés. Pese a ello, estudios de corpus de textos como Zorraquino (1979:187) parecen corroborar que la frecuencia de aparición de este tipo de construcciones es “realmente baja”.

4.4.3. Norma y variación dialectal.

Desde el punto de vista de la preceptiva, son mayoría los autores y obras que han condenado este tipo de construcciones. Tal vez la única excepción sea el caso de Otero (1965), quien en diversos artículos ha insistido en la idea de que la construcción gramatical es la no concordada, mientras que la pasiva con *se* es aceptada pero agramatical. Este punto de vista, sin embargo, no es el generalizado, y ya desde Bello (1847:§792), se ha instado a evitar los giros no concertados:

Si el término del complemento es de *persona*, se prefiere la construcción anómala cuasi-refleja [impersonal con *se*] [...]. Pero si el término es de *cosa*, la construcción que ordinariamente se

⁴³ Citado en Martín Zorraquino (1979: 152)

emplea es la regular cuasi-refleja [pasiva con *se*]: *Se olvidan los beneficios, Se fertilizan los campos con el riego; Se olvida a los beneficios y se fertiliza a los campos* serían personificaciones durísimas; pero lo más intolerable sería: *Se olvida los beneficios, Se fertiliza los campos*.

El punto de vista del gramático venezolano ha sido el que ha gozado de más aceptación a lo largo de la tradición y, con él, condenan el giro no concertado la mayoría de gramáticas del siglo XX. A día de hoy, sin embargo, la Real Academia (NGLE 2009: §41.12l; 41.12o) admite ambas posibilidades, pese a que recomienda, “en los casos de duda” el giro concertado “ya que es la opción que está menos sujeta a variación sintáctica”, aplicando, por consiguiente, un criterio basado fundamentalmente en el uso.

En cuanto a la variación dialectal, existe entre los gramáticos casi unanimidad en señalar un mayor uso de los giros no concertados en los países del Cono Sur. Sin embargo, a la luz de los diversos estudios de variación dialectal citados en Martín Zorraquino (1979: 154-155) parece que el giro no concertado es aún minoritario tanto en la Península como en Hispanoamérica. Ahora bien, no deja de ser significativo que sea precisamente la zona del Cono Sur la que muestre una más acusada tendencia a los giros desviados, especialmente si se tiene en cuenta que en esta misma zona geográfica es donde se emplean más comúnmente los pronombres acusativos en construcciones impersonales (cf. §3.3.2.1.). Estos datos podrían sugerir una tendencia, no estudiada aún, a extender los usos impersonales con *se* y pasivos con *se* al paradigma de las oraciones activas, en las que un objeto pospuesto no exigiría concordar con el verbo y *se* pronominalizaría con un clítico de acusativo y no con el dativo, atribuido unánimemente a las oraciones impersonales con *se*. En cualquier caso, esta hipótesis deberá ser validada en estudios posteriores.

4.4.4. Factores que inducen a la falta de concordancia y grados de aceptabilidad.

El estudio de los giros no concordados llevado a cabo por Martín Zorraquino (1979: 198) revela que hay dos factores determinantes a la hora de favorecer las estructuras no concordadas: la posición del objeto nocional y la presencia de verbos auxiliares o modales en la oración, que se analizará, a la luz de los datos de Mendikoetxea (1999: §26.5.2), en el epígrafe siguiente.

Así pues, tal como indica Zorraquino (1979:199; 205), siempre que la posición del objeto nocional sea antepuesta al verbo, la oración exigirá concordancia. Por el contrario, si la posición del sujeto gramatical se corresponde con la posición natural del objeto nocional, la de argumento interno, la estructura no concordada crecería en aceptabilidad.

Asimismo, es posible establecer diversos grados de aceptabilidad dentro de las oraciones no concordadas, según revelan los datos de las encuestas llevadas a cabo por Martín Zorraquino (1979:206), en función de las características del objeto nocional. De modo que si el SN es de cosa determinada (22 c) la oración anómala es menos aceptable que si el SN es de persona no determinada (22 b) y, por supuesto, que si el SN es de cosa indeterminada (22 a), que devendría la estructura más aceptable según el juicio de los hablantes.

- (22) a. Se dice mentiras a veces.
 b. Se necesita bomberos en un incendio.
 c. En España se abre las tiendas a las nueve.

En definitiva, parece que las estructuras no concordadas se ven favorecidas por una serie de factores que aproximan la interpretación del sujeto gramatical a la de un objeto: la posposición y la indeterminación, tal como nota Mendikoetxea (1999: §26.3.2):

Un sujeto estructural que se asocia con el objeto nocional, que no es tema o tópico, que aparece pospuesto y que no está determinado acaba por parecerse semántica, morfológica y sintácticamente a un objeto, y es ahí donde puede estar la explicación de la falta de concordancia que a veces se observa en estas estructuras (además de otros factores)...

Uno de esos “otros factores” a los que alude Mendikoetxea (1999: §26.3.2), es el que ya notó Félix Monge (1955 [2002]) para los primeros ejemplos de oraciones no concordadas documentados por Kärde (cf. §4.4.2): la distancia entre el verbo y el sujeto estructural. Así, si se observan los ejemplos de (21) se comprobará que en todos los casos media distancia entre ambos elementos lo que, sin duda, puede determinar la falta de concordancia, como también apunta Mendikoetxea (1999: §26.3.2.2.).

4.4.5. Verbos modales y estructuras no concordadas.

Son varios los gramáticos que desde Félix Monge (1955[2002]) han visto en los verbos modales seguidos de infinitivo una de las principales causas de la “no concordancia” de las oraciones pasivas con *se*. En este sentido, el trabajo de corpus realizado por Martín Zorraquino (1979: 199) no hace sino corroborar esta hipótesis, puesto que un gran número de desviaciones siguen el patrón de oraciones como (23):

- (23) Nóminas aportadas por los denunciantes en las que se *puede* observar, redondeadas, las “cuotas sindicales” que se detraen de lo que los jornaleros cobran por el Plan de Empleo Rural. [Prensa]

Sin embargo, otros gramáticos como César Hernández (1966:62) han reparado acertadamente en la doble alternancia que permiten estas construcciones, de modo que son igualmente posibles *se pueden hacer objeciones* y *se puede hacer objeciones*. En este sentido, Mendikoetxea (1999: §26.5.2.2.) considera que tanto los verbos modales (*deber*, *poder*, *soler* y *querer*) como los semi-modales (*parecer*), “tienen asociados dos esquemas sintácticos paralelos”, por lo que no deberían considerarse desviaciones las oraciones como (24):

- (24) a. i. Pueden desmentirse las noticias.
ii. [Vmodal + Vinf] [SN].
b. i. Puede desmentirse las noticias.
ii. Vmodal [o[Vinf] [SN]]

A este respecto, queda por explicar de manera detallada qué diferencias semánticas implicarían las diferencias estructurales expuestas en (24) o, mejor dicho, qué factores motivan la elección de una u otra construcción. En este sentido, parece que mientras la oración de (24 a) pone el énfasis en el objeto nocional, la oración de (24 b) incide más en el valor modal de la misma, sin embargo, aún no se ha ahondado de manera específica en estas cuestiones. Sea como sea, parece que efectivamente la alta frecuencia de este tipo de oraciones en estudios como el de Martín Zorraquino (1979) se debe, en realidad, al doble esquema sintáctico que admiten este tipo de verbos, por lo que no deberían incluirse entre los giros anómalos.

5. MEDIAS-PASIVAS Y MEDIAS-IMPERSONALES: CARACTERÍSTICAS PROPIAS

Junto a las oraciones impersonales con *se* y pasivas con *se*, estudiadas tradicionalmente por los gramáticos, existen una serie de estructuras con características propias y definidas que han pasado desapercibidas para un gran número de autores o que, incluso, se han considerado, tal como se explica en Mendikoetxea (1999: §26.2.2.1), como meras excepciones a aquéllas: las oraciones medias-pasivas (25 a) y medias-impersonales (25 b)⁴⁴:

- (25) a. Estas camisas se lavan fácilmente
 b. A Ricardo no se le puede conocer bien.⁴⁵

En el siguiente epígrafe, pues, más que tratar de describir en profundidad dichas construcciones, se pretende ahondar en las cuestiones que permiten diferenciarlas de las correspondientes oraciones impersonales y pasivas analizadas en los apartados precedentes.

5.1. Oraciones medias-pasivas, características generales.

Desde un punto de vista estrictamente formal pasivas y medias-pasivas coinciden en que en ambos casos su sujeto estructural es derivado y se corresponde con el objeto nocional del verbo transitivo. De modo que una oración como *Esta camisa se lava* podría resultar ambigua entre una y otra interpretación, en la medida en que el sintagma nominal en función de sujeto se corresponde con el argumento interno del verbo *lavar*.

Ahora bien, estas semejanzas formales no deben obstar para advertir las diferencias aspectuales e interpretativas entre unas y otras oraciones. En este sentido, tal como se ha mencionado en §2.3, las oraciones medias-pasivas presentan un mayor grado de impersonalidad que las impersonales y pasivas con *se*, dado que mientras éstas son actividades, logros o realizaciones, “que implica[n] necesaria y obligatoriamente la intervención de un agente con intencionalidad”, aquéllas representan estados que afectan a las propiedades inherentes de sus sujetos, tal como explica Mendikoetxea (1999: §26.1.2.1.)

Precisamente de estas diferencias aspectuales entre unas y otras construcciones se desprenden las diferencias temporales que las separan. Así, mientras que una oración pasiva con *se* admite todo tipo de tiempos verbales, las oraciones medias-pasivas únicamente pueden formarse a partir de tiempos imperfectivos, según explica Mendikoetxea (1999: §26.2.3.1.). De manera que el cambio de aspecto sintáctico en una oración como *esta camisa se lava* comporta necesariamente un cambio de interpretación. Así, *esta camisa se lavó* únicamente admite una lectura pasiva en la que se presupone un agente arbitrario.

5.2. El valor modal de las construcciones medias-pasivas.

⁴⁴ No deja de ser sintomático, en este sentido, que la *NGLE* (2009: 41.11o-41.11q) apenas le dedique tres epígrafes a este tipo de construcciones, prueba de la poca atención que han recibido en la tradición gramatical.

⁴⁵ Ejemplos extraídos de Mendikoetxea (1999).

Tal como advierte la *NGLE* (2009: §41.11o), a menudo se han interpretado las oraciones medias-pasivas presuponiendo un valor modal que expresaría, según Sánchez (2002: 64) la “lectura de posibilidad” que caracteriza a estas construcciones. Así, volviendo al repetido ejemplo de (25 a), en *estas camisas se lavan fácilmente* más que el hecho de que en el tiempo presente se estén lavando las camisas, suele interpretarse que un tipo determinado de camisas se pueden lavar con facilidad, lo que ha llevado a algunos autores a presuponer un operador de posibilidad en la estructura eventiva de este tipo de estructuras.

Esta lectura de posibilidad, sin embargo, requiere a menudo de “adverbios y grupos preposicionales que expresan facilidad o dificultad”, tal como nota la *NGLE* (2009: 41:11p) Ahora bien, parece que esta modificación no es necesaria en determinados contextos, puesto que, como indica Sánchez (2002: 65), si la propiedad descrita por el verbo afecta al nombre “en cuanto a denotador de una clase”, puede prescindirse de este tipo de modificadores adverbiales, como en *Esta silla se pliega*, en la que se entiende que la propiedad de poder plegarse atañe a un tipo o clase de sillas. Por el contrario, en *Esta silla se pliega fácilmente* únicamente se puede interpretar que un elemento perteneciente al conjunto de las sillas tiene la propiedad de plegarse con facilidad.

Por otro lado, en la mayoría de los casos es obligatoria la presencia de estos modificadores adverbiales. Según Cristina Sánchez (2002:65), serán necesarios siempre que la información que proporcione la oración sea vacua desde un punto de vista semántico. Es decir, siempre que la propiedad que se destaque forme parte del significado natural del predicado, como en ‘*este libro se lee*’.

5.3. El sujeto gramatical, oraciones medias-pasivas y oraciones pasivas.

Es M^a Antonia Martín Zorraquino (1979: 235-236) la primera autora en acotar las notables diferencias estructurales e informativas que separan al sujeto gramatical de las pasivas con *se* del de las medias-pasivas o *cuasi-pasivas*. De manera que si en aquéllas el sujeto acostumbraba a estar pospuesto e indeterminado, en éstas su posición no marcada es la preverbal, que, a su vez, suele conllevar necesariamente la determinación del sujeto. Es posible que, como propone Zorraquino, estas diferencias estructurales respondan a diferencia informativas, pues si en aquéllas el sujeto funcionaba como rema o información nueva, en éstas deviene tema o tópico de la oración.

La misma autora (1979:236) llama asimismo la atención sobre el hecho de que las construcciones medias-pasivas pueden, a diferencia de las pasivas con *se*, tener como sujetos SSNN definidos y humanos indicando “una clase específica –un conjunto definido- con connotaciones precisas”, como en *los hijos no se escogen* o *los maridos no se encuentran fácilmente*. En otras palabras, la constricción de animicidad no afecta a las oraciones medias-pasivas. Este dato, no haría sino corroborar la hipótesis de Cristina Sánchez (2002) expuesta en §4.3.1., según la cual, el efecto de animicidad operaría sólo en aquellos casos en los que el SN humano y definido no ocupara una posición prominente en la estructura argumental, es decir, en el caso de las pasivas con *se*, pero no en el de las medias-pasivas y pasivas perifrásticas, cuya posición no marcada es la preverbal.

Otra característica definitoria del sujeto estructural de las oraciones medias-pasivas es que, como nota Sánchez (2002: 67), “aun siendo paciente o un tema se convierte en semi-

agente”, en la medida en que sus propiedades son hasta un cierto puntos responsables de la predicación. Repárense, en este sentido, en las diferencias que separan a oraciones pasivas como *en esta casa se lavan las camisas una vez a la semana* de las medias-pasivas como *esta camisa se lava fácilmente*. Mientras en ésta la predicación depende hasta cierto punto de las cualidades intrínsecas de la camisa, por ejemplo, del color o el tipo de tejido en aquélla parece depender más del agente implícito.

5.3.1. Oraciones medias-impersonales

Tal como se ha mencionado en el epígrafe inmediatamente anterior, la constricción de animicidad no afecta a las construcciones medias-pasivas, por lo que no cabría esperar, a priori, la existencia de oraciones medias-impersonales. Sin embargo, como nota Mendikoetxea (1999: §26.2.2.2.) es posible encontrar junto con las medias-pasivas de sujeto humano y definido (26 a), como las que proponía Zorraquino (1979:236), oraciones medias-impersonales (26 b):

- (26) a. Los hijos no se escogen.
b. A Ricardo no se le puede conocer bien.

Así pues, las diferencias formales entre unas y otras oraciones son del todo equivalentes a las descritas para las oraciones pasivas con *se* e impersonales con *se*, de manera que mientras en (26 a) el objeto nocional es el sujeto gramatical, en (26 b) es el complemento directo, tal como indica la presencia de la preposición. En ambas oraciones, en cambio, el objeto nocional es indistintamente tema y ocupa la posición preverbal. Ahora bien, ante la existencia de oraciones como (26 b), cabe preguntarse cuáles son los motivos por los que se produce esta aparente ambigüedad para expresar el sentido medio de propiedad. A este respecto, Mendikoetxea (1999: §26.2.2.2.) explica que mientras las primeras únicamente permiten predicar cualidades de tipos o clases específicas, con las oraciones como (26 b) “se abre la posibilidad a la predicación de una cualidad inherente a un ente animado concreto (no como representante de una clase)”.

5.4. El sujeto nocional.

Tal como indica Martín Zorraquino (1979: 236), los sujetos nocionales de las oraciones medias-pasivas “no sólo no se especifican sino que, en el fondo, no resultan especificables”, en la medida en que este tipo de construcciones no hacen sino convertir los verbos transitivos de actividad en estados que destacan la cualidad inherente de un objeto nocional *semi-agente*. En este sentido, pues, también difieren las oraciones medias-pasivas y medias-impersonales de las correspondientes oraciones pasivas con *se* (cf. §4.3.2), que, si bien no siempre admiten la presencia del agente mediante un sintagma preposicional adjunto, sí parece quedar expresado a través de adverbios agentivos u oraciones finales controladas por el sujeto implícito (Sánchez, 2002: 59).

Estos datos han motivado, como explica Sánchez (2002:69-72), que algunos gramáticos se hayan cuestionado el parentesco entre construcciones medias-pasivas y medias impersonales y hayan propuesto, en cambio, la existencia de verbos con valor medio de propiedad y un único argumento. Frente a esta postura, otros lingüistas han defendido que las oraciones medias-pasivas siguen un proceso derivacional equivalente al de las pasivas, y que el agente implícito puede expresarse o bien a través de los adverbios de facilidad o dificultad, o bien a través de un adjunto introducido por la preposición *para*. Sea como

sea, defender la existencia de un sujeto nocional implícito tiene la gran ventaja de poder unificar bajo un mismo análisis las oraciones medias-pasivas y las medias-impersonales, en las que, en ambos casos, quedaría velado el agente. Esta postura es la defendida por Mendikoetxea (2000)⁴⁶, que, sin embargo, considera que no hay movimiento en la estructura argumental del verbo.

6. LA UNICIDAD DE LOS VALORES DE *SE*

Se ha empezado este trabajo aludiendo a los distintos valores que tradicionalmente se han atribuido al pronombre originalmente reflexivo *se*, sin embargo, ha habido autores que basándose en distintos criterios han propuesto una clasificación unitaria de los mismos. En este epígrafe, pues, se intentará sintetizar la diacronía del *se* y ver qué argumentos se han esgrimido para defender una interpretación común a todos sus usos.

6.1. Diacronía del *se*.

Como nota Verá Luján (2002: 394), la dimensión diacrónica de las construcciones con *se*, apenas ha recibido atención por parte de los gramáticos, siendo el estudio de Félix Monge (1955 [2002]) una primera referencia obligada en este sentido. En este apartado, sin embargo, interesa, más que prestar atención a las distintas hipótesis de evolución de las construcciones con *se*, constatar que todos sus usos se desprenden de un mismo proceso diacrónico, que partiendo de una significación exclusivamente reflexiva se han extendido hacia el paradigma actual de los distintos valores de *se*. En este sentido, son dos las particularidades que han caracterizado a este proceso, tal como nota Cristina Sánchez (2002:123-124): en primer lugar, que los nuevos valores del pronombre reflexivo no han implicado la desaparición de las formas originales, y, segundo, que las nuevas significaciones han supuesto una “progresiva pérdida de las restricciones”, de manera que el último estadio de la evolución, el de las impersonales con *se*, a su vez el más irrestricto.

Así, el uso reflexivo, que indicaba correferencia entre dos argumentos del predicado, se sumó, aún dentro del latín vulgar, a un significado medio-ejemplificado en (3)- que denotaba que el evento era un proceso interno al argumento, por lo que no requería la presencia de un agente o causa. Estas construcciones fueron las que acabaron dando lugar a las oraciones pasivas con *se* ya en las lenguas vernáculas. Es probable, sin embargo, que las oraciones medias-pasivas supusieran un punto de contacto entre unas y otras, como probaría el hecho de que lenguas como el francés dispongan de este tipo de estructuras pero no de las pasivas con *se*, tal como hace notar Mendikoetxea (1999: §26.3). Según esta hipótesis, construcciones medias y medias-pasivas tendrían en común la presencia de un sujeto gramatical a caballo entre una lectura semi-agentiva y otra de paciente, según explica Sánchez (2002:132), sin embargo, mientras las medias focalizaban un proceso de cambio, las medias-pasivas indicaban estados referentes a las cualidades de los sujetos estructurales.

El paso de las oraciones medias de propiedad a las pasivas con *se* supuso, por consiguiente, la pérdida del valor durativo de las primeras y el tratamiento de las segundas

⁴⁶ “Relaciones de interficie: los verbos de cambio de estado” en *Cuadernos de Lingüística*, VII, I.U. Ortega y Gasset, Madrid, pp. 125-145. Citado en Sánchez (2002: 71).

como acciones perfectivas. Así, Lapesa (1981)⁴⁷ documenta ya en el siglo X las primeras oraciones pasivas *se* en las *Glosas Emilianenses*.

Finalmente, la aparición de las impersonales con *se* se documenta por primera vez en el siglo XIII, pese a que hasta el siglo XVI no hubo de estar del todo consolidada, según datos de Monge (1955 [2002]: 371). Como se ha insistido a lo largo de todo el trabajo, estas construcciones no supusieron ninguna innovación semántica, sino exclusivamente formal, dado que el único argumento de estas construcciones pasa a ser objeto gramatical, como en las oraciones con sujeto explícito activas. Este cambio estructural se pone de manifiesto gracias a tres factores: presencia de la preposición *a*, pérdida de concordancia con el verbo y posibilidad de pronominalización mediante un pronombre oblicuo.

6.2. Argumentos a favor de una lectura unitaria: Mendikoetxea (1999: § 26.1.3.2).

A la vista de la coherente evolución diacrónica que presenta el *se*, ha habido numerosas propuestas unitarias de sus distintos valores y usos. Una de ellas es la de Mendikoetxea (1999: §26.1.3.2), que se sintetizará brevemente a continuación para cerrar el trabajo.

Crucial en el análisis de Mendikoetxea (1999: §26.1.3.2) es el hecho de considerar al *se* no como un elemento pronominal, como a menudo se ha observado la tradición gramatical, sino como un afijo de concordancia verbal. En este sentido, la autora relaciona los usos reflexivos con los pasivos con *se*, en la medida en que en ambas oraciones el afijo indicaría concordancia con el objeto nocional de la acción verbal, “es decir, lo que nos indica la presencia de *se* es que el sujeto gramatical es el objeto nocional del verbo”. Esta hipótesis tendría la ventaja de proporcionar una lectura unitaria tanto para el *se* que alterna con otras personas gramaticales –el reflexivo y el medio– como para las construcciones exclusivas de la tercera persona, pero conllevaría necesariamente considerar el sujeto de las oraciones reflexivas como un sujeto derivado generado en la posición de argumento interno del predicado, como se muestra en (27 a):⁴⁸

- | | | |
|------|---------------------------------|-------------------------|
| (27) | a. El abuelo lava al niño. | a'. El niño se lava. |
| | b. La vecina asustó al perro. | b'. El perro se asustó |
| | c. Un pirómano quemó el bosque. | c'. El bosque se quemó. |

Esta hipótesis, sin embargo, no explicaría las diferencias significativas entre oraciones recíprocas e impersonales, y nada impediría en principio que una oración pasiva con *se* se interpretara como una reflexiva. Esta predicción, en cualquier caso, podría resolverse si se supone, con Mendikoetxea (1999: §26.1.3.2), que la constricción de animacidad es la que impide que una oración como *se reciben regalos* pueda interpretarse como reflexiva. Dado que un sintagma nominal inanimado no puede entenderse como agente y paciente a la vez.⁴⁹

El análisis de Mendikoetxea (1999: §26.1.3.2) prevé, por otro lado, que en las oraciones impersonales el *se* funcione como afijo de concordancia subjetiva, es decir, que su

⁴⁷ *Historia de la lengua española*, Madrid: Gredos. Citado en Mendikoetxea (1999: §26.3).

⁴⁸ Ejemplos de 11 en Mendikoetxea (1999).

⁴⁹ Sin embargo, esta explicación no bastaría para dar cuenta de las diferencias semánticas entre la lectura reflexiva y la media-impersonal en oraciones como *Los hijos no se escogen*, en que el SN *los hijos* puede interpretarse bien como agente y paciente a la vez (*Los hijos no se escogen a sí mismos/el uno al otro*), bien como semi-agente en una oración media-pasiva.

presencia en la oración indique la concordancia entre el verbo y el sujeto de tercera persona indeterminada.

Del análisis de esta autora, se desprende en definitiva la idea, generalizada a día de hoy, de que el elemento *se* no es un pronombre con contenido léxico sino un afijo de concordancia, ora subjetiva (en el caso de las oraciones impersonales), ora objetiva (en oraciones reflexivas, medias, medias-pasivas y pasivas con *se*). Por otro lado, tiene la ventaja de atribuir las diferentes interpretaciones del afijo a elementos externos a éste, de modo que el hecho de que las oraciones medias-pasivas, pasivas e impersonales con *se* únicamente puedan formarse a partir de verbos de tercera persona se explicaría por elementos ajenos al estatus de *se* y tendrían que ver más con la naturaleza del sujeto nocional implícito.

7. CONCLUSIONES.

Tal como se ha mencionado en el apartado introductorio, las construcciones con *se* a menudo han sido consideradas como uno de los temas más complejos de la sintaxis del español. En este sentido, un trabajo panorámico como éste ha servido para corroborar que efectivamente la cuestión del *se* agrupa toda una serie de subtemas que requieren de un análisis más profundo del que aquí se les ha prestado. Sin embargo, parece que la deriva tomada por los estudios sintácticos más recientes, en la que la semántica desempeña un papel trascendental, ha contribuido a aclarar aspectos que los estudios más próximos a la tradición no han sabido explicar sino como excepciones o anomalías. De modo que no es posible reparar en las semejanzas nocionales de las oraciones aquí tratadas sin apelar, entre otras cosas, a la estructura léxico conceptual de los predicados, o a los distintos tipos de eventos que cada una describen desde un punto de vista aspectual.

En otras ocasiones, sin embargo, parece que los hallazgos realizados en el terreno de la semántica han oscurecido aún más algunas cuestiones, como sucede con la interpretación existencial o genérica de los sujetos arbitrarios, que deviene la principal cuestión a resolver en los próximos estudios dedicados al asunto.

Por otra parte, es posible que un estudio detallado de las oraciones anómalas o agramaticales arroje nuevos datos a tener en cuenta sobre este tipo de oraciones. Como ya se ha sugerido, merecería un estudio aparte comprobar si en efecto en algunos países hispanoamericanos se está produciendo de manera inequívoca una equiparación de las oraciones impersonales y pasivas con *se* a las oraciones transitivas de sujeto explícito, como indicarían el uso de estructuras pasivas con *se* no concordadas y la pronominalización en oraciones impersonales mediante un clítico de acusativo.

Por último, este trabajo ha dejado constancia de la admirable intuición lingüística de gramáticos de la talla de Andrés Bello, cuya obra aún hoy arroja nuevas lecturas, Juan Alcina, Salvador Fernández Ramírez o María Antonia Martín Zorraquino, sin cuya intuición no hubieran sido posibles los estudios más recientes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alarcos Llorach, E. (1968), “Valores de *se* en español” en *Estudios de gramática funcional*. Madrid: Gredos, 1984, pp. 213-222.
- Alarcos Llorach, E. (1994), *Gramática de la lengua española*. Madrid, Espasa Calpe.
- Alcina Franch, J.; Blecua, J.M. (1975), *Gramática española*. Barcelona: Ariel
- Bello, A. (1847[1984]), *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Edaf
- Casielles Suárez, E. (1996), “¿Es la interpretación arbitraria realmente arbitraria?” en *Revista Española de Lingüística*, 26, 2, pp. 259-377.
- DeMello, G. (1997), “Verbo pronominal con *por*+agente” en De Kock, J. y G. DeMello *Lengua escrita y habla culta en América y España. Diez casos*, Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 127-133.
- Fernández Ramírez, S. (1951 [1986]), *Gramática española 4. El verbo y la oración*. Madrid: Arco Libros [Volumen ordenado y completado por Bosque, I.]
- Hernández Alonso (1966), “Del *se* reflexivo al impersonal” en *Archivum*, XVI:39-66.
- Mendikoetxea, A. (1999), “Construcciones con *se*: medias, pasivas e impersonales” en Bosque, I. y Demonte, V. (dirs.) *Gramática descriptiva de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe, vol. II, págs. 1631-1722.
- Mendikoetxea, A. (2002), “La semántica de la impersonalidad” en Sánchez López, C (ed.), *Las construcciones con se*. Madrid: Visor Libros, pp. 239-275.
- Martín Zorraquino, M^a. A. (1979), *Las construcciones pronominales. Paradigma y desviaciones*. Madrid: Gredos.
- Miguel, E. DE (1992), *El aspecto en la sintaxis del español*. Madrid: UAM.
- Monge, F. (1955 [2002]), “Las frases pronominales de sentido impersonal en español” en Sánchez López, C. (ed.), *Las construcciones con se*. Madrid: Visor Libros, pp. 343-391 [Abreviado y adaptado por la editora].
- Otero (1965) “El otro *se*” en *Letras*. Londres: Támesis books, pp. 49-57.
- Otero (1972) “Acceptable ungrammatical sentences in Spanish” en *Linguistic Inquiry*, 3, pp. 233-242.
- Otero (2002) “Facetas de *se*” en Sánchez López, C (ed.), *Las construcciones con se*. Madrid: Visor Libros, pp. 168-206
- Real Academia Española (1973), *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Real Academia Española (2005), *Diccionario panahispánico de dudas*. Madrid: Santillana.
- Real Academia Española (2009), *Nueva gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa Libros.
- Sánchez López, C. (2002), “Las construcciones con *se*. Estado de la cuestión” en Sánchez López, C (ed.), *Las construcciones con se*. Madrid: Visor Libros, pp. 18-163
- Vera Luján, A. (2002), “Para una caracterización diacrónica de las oraciones pasivas reflexivas” en Sánchez López, C (ed.), *Las construcciones con se*. Madrid: Visor Libros, pp 393-417.